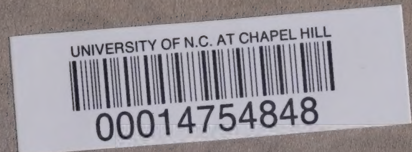

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014754848


ARÍA FERNANDA
NOVELA
SIRIO
ONIDAS BARLETTA
DITORIAL TOR

MARIA FERNANDA

LEONIDAS BARLETTA

MARIA FERNANDA

NOVELA

EDITORIAL TOR
PARAGUAY 2068
BUENOS AIRES

I

CUANDO María Fernanda contaba tres años, su padre, don Nicolás Nieto, que había labrado una fortuna con su industria de alcoholes, volvía de Ibicuy, en un vaporcito que avanzaba estruendosamente por las tranquilas aguas del Paraná, movido por antiguas ruedas colocadas a babor y estribor.

Ya cuando el capitán, listos para la partida, hizo sonar su silbato y con marcado acento extranjero gritó desde el puente de gobierno:—"¡ Larga la mura!"—don Nicolás había sentido no sabía qué angustia en lo íntimo de su ser. Tomó a María Fernanda de brazos de la nodriza y la estrechó en los suyos.

Su mujer miraba con ojos nostálgicos la espectacular puesta de sol de aquella tarde. Se llamaba

Isabel. Era menuda, delicada, fina. Se volvió hacia su marido y le dijo con una entonación melodiosa y triste:

—¡Cuántas veces hemos dejado este lugar!

El barco se alejaba lentamente; se oía el chapoteo de las palas de las ruedas en el agua que iban dejando estelas irisadas de tonos rojizos.

El sol era un enorme disco rojo y el bosque de la opuesta orilla parecía incendiado.

Gigantescas araucarias se destacaban entre la común vegetación y su ramazón aparecía en ese instante bajo un color de bronce viejo.

Las sombras ganaban terreno; se colaban entre los juncos de la ribera, se escondían entre los arbustos de tierra adentro y parecía que hacían retroceder a la luz.

Una serenidad grandiosa bañaba el paisaje. Todos los murmullos acallados, toda actividad en reposo. La corriente del agua, a la manera de una víbora en fuga, salvaba los obstáculos que en las márgenes del río se oponían a su paso, perezosamente.

Las lomas y las sinuosidades de la ribera tenían la cálida belleza de un seno o de una curva femenina.

Lo mismo que la pupila llorosa de una mujer brillaba una distante estrella.

María Fernanda rompió a llorar como si un ser invisible hubiese deslizado en su diminuta oreja de color de rosa, algunas terribles palabras.

Se experimentaba una tan grande tristeza frente al maravilloso paisaje, que, Isabel, al volver a la realidad de consolar a su hijita, sintió que sus ojos se anublaban de lágrimas.

Llamaron para la cena. En el salón comedor, la risa se entretuvo en cosquillear a los comensales. Eran en su mayoría turistas. Había entre ellos un hombre alto, delgado, de cabellos negros. Sus ojos tenían un brillo tenue, como si cansados de mirar, apenas se posaran sobre las cosas. Eran de extraño mirar. Se diría que estaba siempre pensando en algo lejano, muy lejano. Y que, a ratos, volvía de su ensimismamiento para mirar, con una mirada vaga, insegura, a la persona o cosa que requería su atención.

Se interrumpía frecuentemente cuando hablaba, perdiendo el hilo de su conversación; intentaba recordar lo que había dicho y cuando no lo conseguía, sonreía preguntando:

—¿Qué es lo que yo decía?

Tenía una manera particular de entreabrir la boca en un gesto de extenuación, y en su presencia se sentía pesar una gran indiferencia por todo lo que le rodeaba.

Era elegante; mas no de esa elegancia empalagosa que es puro rebuscamiento, sino de esa otra que se descubre en cierto abandono calculado, en las ropas buenas y descuidadas, en los modales reposados y desenvueltos.

Isabel sentía su extraña mirada revolotear a su alrededor y le parecía hallarse envuelta por una niebla espesa y cálida que rozaba sus mejillas, y ella sabía, sí, que era su aliento.

Se animó a mirarlo, al cabo, no sin cierto estremecimiento. Sintió una punzada en el corazón cuando sus ojos se encontraron. Y sintiéndose culpable volvióse para mirar a su marido que tomaba tranquilamente su sopa.

Nunca le había ocurrido esto. Había conocido muchísimos adoradores; pero ninguno la había logrado arrancar al amor de su marido.

Amaba a su esposo en su María Fernanda. Y la niña lo era todo en su vida. Pero ahora que aquel hombre la miraba, sentía como una angustia física que le apretujaba el corazón.

Volvió a mirarle y él le ofreció sus labios con una mueca triste, desesperada. Una extraordinaria agitación que la sofocaba, le invadió.

Tomó en sus brazos a María Fernanda y devorando con sus ojillos claros, el perfil hermoso de aquel hombre, la besó repetidas veces, con unos be-

sos anchos, húmedos, que no eran para la pobre niña.

Después Isabel salió a la cubierta. Era una espléndida noche de luna. El agua estaba quieta y mansa. Parecía como que hubiese nevado sobre los árboles de las islas.

Se recostó en una silla de viaje y se puso a soñar con los ojos entornados.

—Señora—murmuró aquel hombre, que la había seguido hasta ese lugar—señora...

Y el metal de su voz era tristísimo, de esa tristeza que solo nos aprisiona cuando pensamos en la muerte, en la inutilidad de todo lo que cae, irremediablemente, en brazos de la muerte.

—Ya me es imposible callar lo que siento.

—Me pareció que era usted un hombre fuerte de espíritu...—dijo ella, y sonreía.

—¡Ah! no me hable usted de fortalezas. Ya no soy más que una pobre criatura que empieza a sentir la tortura de una pasión...

Ella le escuchaba sonriente. Cómo le agradaba oir esa voz un poco ronca, en ese tono suplicante...

Le sonrió más abiertamente y le dijo con incontenida ternura:

—Es usted como todos... un niño... un niño descontento... usted... usted... cree ver en mí

su felicidad... su dicha... no se le ocurre por nada pensar en que va a destruir la mía...

El había juntado las manos en actitud de rogar. Iba a decirla con palabra de fuego cuál era la intensidad de su pasión, la fe...

De súbito se oyeron unos gritos. Unas sombras se deslizaron velozmente. Se levantó en un extremo del barco un vivo resplandor. Seguían nanavegando. Un silbido largo y estridente resonó en la noche luminosa y diáfana. Después la campana empezó a tañer desesperadamente.

—¡ Incendio ! ¡ Incendio !—se oía gritar.

Isabel se alzó pálida, despavorida y barbotó:

—Mi María Fernanda!

Vió venir hacia ella, con el terror más profundo pintado en el semblante, a su marido, que traía la pequeña en brazos.

—¡ Qué sucede, qué sucede, Dios mío !—exclamó ella.

—Se han dejado vencer por el fuego—contestó don Nicolás.

Las márgenes del río se iluminaron repentinamente.

Una densa columna de humo blanco coronaba la llama que se elevaba a proa. La embarcación detuvo su marcha.

—¡ Incendio ! ¡ Incendio !—gritábanse los unos a

los otros y huían aterrados hacia el extremo contrario del barco.

No se pudieron echar más que tres botes al agua; los demás fueron alcanzados por las llamas.

Escuchábanse lamentos y gritos de pavor. Alguien sollozaba tan angustiosamente que los cabellos se erizaban.

—¡Tan, tan, tan!—sonaba siniestramente la campana. Una ola de fuego invadía rápidamente el vapor.

Isabel, sin quererlo, tomó de un brazo al desconocido.

—¿Es que hay realmente peligro?—gritó desesperada. Se volvió hacia su marido y prorrumpió en un llanto entrecortado, balbuciendo:

—¡Sálvanos, Nicolás... salva a tu hijita querida... Nicolás... la hijita del cielo... sálvala!...

Se vieron arrollados por un grupo de gente que asaltaba un bote. Jadeaban, pronunciaban palabras ininteligibles, y se miraban hostilmente con los ojos enormemente agrandados por el miedo.

Las mujeres que se habían acostado aparecían ahora semidesnudas, descalzas, blancas como las mismas prendas que las cubrían, retorciéndose las manos de pavura y desesperación.

A la luz rojiza del incendio sus pechos sudados

tomaban un color cobrizo y sus pupilas tenían color de sangre.

Se atropellaban unos a otros, injuriándose, delirantes, enloquecidos de terror.

Vaciaban sus gargantas de gritos guturales. Algo se derrumbó con gran estrépito. Las llamas avanzaban. Un humo acre, sofocante, ocultaba las cosas. El calor era insoportable.

De pronto el barco se estremeció violentamente y la proa destruída por el fuego comenzó a hundirse.

Grandes lenguas de fuego se reflejaban fantásticamente en las aguas. La campana dejó de llamar con su enérgica voz.

Súbitamente se extendió un corto silencio, durante el cual no se oyó más que el crepitar de la madera ardiendo. Luego una detonación.

Un grupo de tripulantes pasó corriendo.

—¡A salvarse, a salvarse!—gritaron unos cuantos. El desconocido dijo serenamente:

—Se ha suicidado el capitán.

El fuego avanzaba. Los que quedaban en la cubierta, cuando sentían que la piel les escocía, se arrojaban al agua, se aferraban a los costados de las débiles embarcaciones que se habían botado y no las dejaban avanzar.

Estallaban sofocados gritos de angustia y a la

luz del incendio se veían unas sombras luchando un momento en la superficie espumosa del agua y luego desaparecer en los pliegues que formaba la corriente.

—Sálvanos, Nicolás... Nicolás querido, sálvanos... salva a tu hija... tu tesoro...—gritaba enloquecida Isabel, cubriendo con sus brazos a María Fernanda. La pequeña lloraba a gritos. El fuego se aproximaba. Lamía las tablas de la cubierta, retrocedía, volvía estirándose, esforzándose por abarcarlo todo.

—El agua... el agua...—gritó desfallecida Isabel.

El agua inundó, de pronto, la cubierta.

—Sálvanos, Nicolás... sálvanos... ¡Oh, Dios mío!...—clamaba Isabel con la voz enronquecida.

Entonces don Nicolás se volvió hacia ella con el semblante desencajado y le dió un puñetazo en la cara.

—Cállate—rugió.

La sangre empezó a manar abundantemente de la nariz de Isabel y corriendo por su boca le llegaba al seno. Don Nicolás tomó a María Fernanda y se arrojó al agua con ella.

Isabel quiso echarse detrás de él; pero se lo impidieron dos fuertes brazos que la hicieron prisionera, mientras la boca de aquel desconocido via-

jero buscaba su boca ensangrentada. Ella quiso desasirse de aquel abrazo, más el hombre la dominó enteramente.

—Yo la salvaré...—exclamó él. Ella alcanzó a murmurar:

—Mi María Fernanda...—y reclinó al fin, rendida, su cabeza en el pecho del hombre.

Cuando volvió en sí, su marido sostenía el cuerpecito de María Fernanda desvanecida, y la tenía a ella por la cintura. Aferrado a la baranda del barco que se hundía, don Nicolás aguantaba el cuerpo de su mujer y de su hija.

El fuego alcanzaba a quemarle la mano y su rostro espantable se contraía en una mueca de dolor.

Después empezó a sentir una punzada que distendía sus músculos, una punzada de cansancio que le partía las entrañas y sintió que sus dedos se aflojaban y que su Isabel y su hijita se iban de sus manos.

Aún hizo un esfuerzo y consiguió retener la querida carga, después vió un enorme resplandor rojizo, un dolor brutal le barrenó el cerebro, abrió las manos y se hundió en las aguas...

II

Alguien se aproximó al sitio de la catástrofe nadando desesperadamente y por un instante desapareció bajo el agua. Cuando reapareció traía una criatura. Alcanzó un bote de los que se alejaban, puso la niña a salvo y volvió al lugar del siniestro.

Esta vez su regreso fué más dificultoso. Había salvado a un hombre. Quiso volver una tercera vez; pero se lo impidieron. Entonces, sentado en un extremo del bote que avanzaba al golpe poderoso de los remos, se le vió llorar con gruesos lagrimones que corrían por sus pálidas mejillas.

La corriente arrastraba los restos del naufragio.

.. ..

Así fué como la pobre Isabel fué a dormir el gran sueño en el fondo enturbiado del río Paraná.

María Fernanda quedó fuera de peligro en po-

cos días y don Nicolás ciego. Una llamarada le hirió las pupilas.

Cuando le refirieron cómo había sido salvado y cómo habían salvado a su hijita María Fernanda, quiso que viniera su salvador.

Y una tarde aquel hombre alto, esbelto, se presentó en casa del ciego.

—Este es el hombre que salvó la vida de su hijita y la suya...—le dijeron.

El ciego tomó las manos de aquel hombre y las estrechó fuertemente. Después alzó su rostro, cruzado de vendas y preguntó:

—¿Por qué no habla? ¡Ah! gracias... gracias! no por mí... Yo debí morir también... Gracias por mi María Fernanda.

Se interrumpió para preguntarle como se llamaba.

—Alvaro Fuentes—respondió el aludido con la voz un poco ronca.

El ciego hizo un imperceptible movimiento al oir aquella voz.

—Usted se sentaba frente a Isabel en la mesa de abordo — dijo pausadamente.

—Sí.—afirmó aquél. Don Nicolás quedó un instante en silencio; luego expresó:

—Quisiera que nos dejasen solos.

Los circunstantes se retiraron. Avanzando un po-

co el labio inferior, mesuradamente, con una entonación que quería ser dulce y no lo era, continuó:

—Usted miraba insistentemente a Isabel.

Entonces Alvaro Fuentes, con la voz temblándole de emoción, le confesó:

—Es verdad, señor Nieto, me interesaba mucho... Nunca me había hallado con una mujer de su delicadeza y sensibilidad...

—Era la madre de mi María Fernanda—balbuceó el ciego.—Aquella noche... ¡Ah! si hubiese podido estrangularle a usted esa noche... porque ella también le miraba complacida, sí, ella le correspondía y usted estaba con ella en la cubierta cuando ocurrió el incendio. Dígame, dígame, por lo más sagrado que tenga en el mundo, dígame sin mentirme, si ella le correspondía.

Alvaro Fuentes púsose a mirar por las ventanas el jardín de la casa, con aquella mirada suya preñada de cansancio.

—No, no.—respondió sin volver la cabeza.

Con el cuerpo inclinado hacia adelante, la boca entreabierta, presa de una agitación que se traducía en un ligero temblor de manos, el ciego esperaba la respuesta.

—No—repitió Alvaro Fuentes.

—No me engañe—exclamó el ciego sollozante.—Todo lo recuerdo; ella le tomó del brazo en el mo-

mento del peligro... Fué hacia usted... yo no era nada en ese momento para ella... su primer impulso la llevó hacia usted... Cuando yo me arrojé al agua con María Fernanda, ella le abrazó a usted y se besaron... Yo los vi... Pensé que querían morir juntos en la hoguera... ¡Usted pudo besarla! Le tengo odio y cariño... no sé... Cuando usted la trajo desvanecida a mi lado, en el agua, ella aún tenía la mano hundida en sus cabellos...

El semblante de Alvaro Fuentes resplandecía. Luego cayó en una profunda tristeza y habló de esta manera:

—La tarde que embarcamos ella estaba en la cubierta, apoyada en la baranda. Tenía las mejillas húmedas de lágrimas. Al lado suyo, la niñita lloraba en brazos de su nodriza. Usted miraba el paisaje, distraído. No lo pude remediar... me puse a pensar en mi vida, en mi triste vida sin objeto, en esta existencia que arrastro sin estímulos, sin entusiasmos, hastiado de las mujeres, de los hombres, de todo... ¡Ah! esto debo decírselo: le tuve mucha envidia...

Hizo una corta pausa y continuó:

—Yo también hubiese podido amar una mujer así... mi amor hubiese sido grande, espiritual... no sé cómo explicarle...

A medida que Alvaro Fuentes hablaba de lo que

hubiese sido su amor, al ciego se le iba ennobleciendo el rostro.

—Así la amé...—suspiró.

—Perdóneme—dijo Alvaro.—Perdóneme...

Don Nicolás inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Usted también la amaba—exclamó con la voz alterada. Tendió sus manos al visitante y le dijo atropelladamente:

—La hemos perdido... la hemos perdido... sea usted mi amigo y no me abandone... ¡Ah! es horrible... ¿Qué quiere usted que haga yo ahora en la vida? Tengo necesidad de ayuda. ¡Ah! no me abandone; ¡quédese usted conmigo! Tendremos un consuelo en María Fernanda... usted la salvó de la muerte... protéjala ahora. ¡Estoy ciego y tengo miedo!

III

Pero Alvaro Fuentes no pudo acceder al ruego de don Nicolás. Quedó un corto tiempo junto al ciego y un día le anunció que se marchaba.

Se estrecharon las manos fuertemente, como dos varones templados en la adversidad.

Alvaro tomó a María Fernanda en sus brazos, la miró profundamente en los ojos y la besó en la frente.

—¡Adiós!—les dijo a todos y se marchó, con su pequeño saco de viaje, caminando lentamente con el cuerpo un poco inclinado sobre un costado.

Había vuelto una o dos veces. Quedaba unos días y se volvía a marchar. Hablaba poco y tenía siempre pronta una vaga mueca de desdén. Nada le interesaba, nada le sorprendía. Se había preparado para sobrellevar ese hastío hasta donde él quisiese. Otro en su lugar se hubiese pegado un tiro.

—Al fin, tú—solía decirle a don Nicolás—tienes a tu María Fernanda; pero ¿y yo?... El día que quiera marcharme de la vida, no tengo nada que dejar como no sea vuestra amistad...

Cuando se fué la última vez, María Fernanda tenía doce años. Pasaron cuatro años más. Ni una carta. Don Nicolás tenía blancos los cabellos. María Fernanda era una mujercita bella, de una belleza provocativa e incitante.

Tenía el cabello recortado a la altura de los hombros; la naricita respingada le daba un aire travieso, la boca chica y carnuda, los ojos grandes, con pestañas largas y negrísimas. Todo en su personita era movedizo y ardiente. El busto breve y pujante; el cuerpo redondo y mórbido. Siempre estaba sonriente; todo en ella sonreía, la boca, los ojos... Sus piernas eran fuertes y hermosas, y el pie diminuto, calzado con zapatitos puntiagudos.

Su andar era delicado, gracioso, semejante al contoneo de una paloma. Pero había algo en ella que enloquecía y era la nuca, blanca y ardiente, mórbida y lechosa, poblada de ricitos, de un vello suave, aterciopelado, de una piel como la cubierta de un durazno.

Sobre el labio superior apuntaba una pelusilla diabólica que convidaba a un beso, un beso de esos largos, duraderos, que llenan de una inquietud des-

conocida y hacen galopar la sangre en las arterias.

Ahora que Fernanda cumplía diez y seis años, don Nicolás había recibido carta de Alvaro Fuentes. Estaba fechada en Berlín. Decía:

Querido Nicolás: ¡Cuántos largos años sin escribirte! Tú quizás te hayas olvidado de tu amigo; yo no. Estuve en la India. En Bombay hice algunas amistades con bramanes y nos internamos en el país.

¡Ah! si hay algo de bueno en la vida es esto de andar, de ver, de descubrir... pero sin parar nunca y sin volver atrás. Esto para los que, como yo, no tienen lazos de amor que los unan a otras existencias. Claro está que tú, con tus pobrecitos ojos cegados, tienes una felicidad más grande que la mía. Tienes a tu María Fernanda que debe estar hecha una mujercita adorable y tus días se han de deslizar dulcemente bajo sus queridas manos.

Pasé unos años recorriendo estas maravillosas tierras de la India. Estuvimos a orillas del Ganges; pero no hallamos cocodrilos. Dicen que es porque las pieles disecadas se venden bien. Vimos, eso sí, algunos leones y panteras en fuga y me he quitado hasta el último resto de credulidad en lo que respecta a la ferocidad de esos animales. No niego que, de ser posible, devoren a algún pobre diablo que cae bajo sus garras; pero te aseguro, mi buen Nicolás,

que son más los animales que mueren bajo el plomo de los cazadores, de los naturalistas, de los que toman películas cinematográficas—y a quienes el gobierno inglés premia—que los seres que devoran esas famélicas bestias.

Hasta se me ha ocurrido que si se les diera de comer no habría porque temerles.

Estuvimos en Nagpur y en Ketek y en Calcuta y en una infinidad de partes. En Barili me vendieron una hermosa mujer por unas miserables rupias.

Ahora voy a comunicarte algo importante. Me embarco para ésa. Mi permanencia en tu casa ha de ser esta vez más larga. No es que esté cansado de caminar, sino que me he quedado pobre, pobre de solemnidad, en fuerza de emplear tanto dinero sin producir absolutamente nada.

Hasta pronto. Besos para María Fernanda. Te abraza tu amigo

Alvaro Fuentes.

Cuando María Fernanda terminó la lectura de esta carta, su padre le tomó las manos y le dijo:

—Creo que esta vez Alvaro se quedará para siempre.

Fernanda que estaba sentada a sus pies, puso la mejilla en las rodillas del anciano ciego. Iba a expresarle cuánto era su contento, cómo

le agradaba que volviese aquel amigo, que ella recordaba algo vagamente, y que le demostraba hondo cariño; pero en ese preciso instante entró a la habitación una curiosa mujer.

Era alta, delgada, de facciones enérgicas. Tenía la nariz bastante larga; la boca desdentada.

A pesar del esfuerzo que hacía por corregirse, cuando hablaba, invariablemente trabucaba las erres por las eles y viceversa.

Miró severamente a Fernanda y le espetó con una voz aflautada este reproche:

—Habiendo en la casa tantas sillas, creo que no es muy digno que usted esté sentada en el suelo, señorita.

—Señorita Micaela—le contestó Fernanda burlonamente—creo que usted no lo encuentra digno porque no puede hacerlo. ¡Si viera usted qué bien se está así!

—Señorita "Felnanda", — replicó la estrafalaria mujer—nunca me hallaría usted en esa posición, como no fuera que me diera un ataque, que eso no es cosa nuestra sino del "creadol".

Y habiendo desembuchado esta advertencia, que hizo sonreir a don Nicolás, en la que dejaba bien parada su dignidad, entró a decir lo que la traía:

—La señorita Inés, la está "agualdando" en el "jaldín".

Esta era la dama de compañía que don Nicolás había dado a Fernanda. A padre e hija esta mujer les causaba muchísima gracia, reconociendo asimismo su actividad y su competencia en cuanto concernía a la administración de la casa y vigilancia de la niña.

Los criados cometían sus obligaciones con prontitud, los abastecedores no robaban en el peso ni en las cuentas y todos los resortes administrativos funcionaban regularmente bajo la celosa mirada de la señorita Micaela.

Fernanda se alzó prestamente, besó en la frente al anciano y corrió hacia el jardín, ante la mirada atónita de la señorita Micaela que no podía comprender esos arranques.

En el vestíbulo halló a Inés. Era delgaducha de cara; pero su cuerpo acusaba magníficas formas de mujer. Tenía un aire de distinción que comunicaba a todo lo que usaba y a cuanto se refería.

Tomó a María Fernanda de un brazo y la llevó hacia el jardín.

—Caminemos,—le dijo enigmáticamente.—Tengo que hablarte de cierto asuntillo que te interesa.

Hizo una brusca transición y exclamó:

—Por Dios, hija, ¿por qué no modernizas un poco la casa y el jardín? Tiene todo el aire de un caserón de otro siglo.

—Es de mi gusto—contestó Fernanda riendo.

—Bueno, quería hacerte una pregunta.

—Te responderé sinceramente.

—¿Quieres a Roberto?

Fernanda la miró de hito en hito a punto de reventar la risa, que le produjo esta inopinada pregunta.

—¿De qué te ríes?—dijo Inés algo picada.

—De las cosas que se te ocurren.

—Como veo que se escriben con tanta frecuencia...

—¿Traes alguna carta de él?—inquirió serenándose Fernanda.

Inés abrió su cartera, tomó un sobre azulado y se lo entregó.

María Fernanda lo desdobló nerviosamente y leyó en voz alta:

"Mi querida amiga María Fernanda: Quiero que usted sepa que me ha herido profundamente al tratarme con tanta indiferencia en su última carta. Nada más que esto; pero usted María Fernanda, en atención al cariño que le he demostrado no debió zaherirme en tal forma.

Creí que merecía un poco más que esa amistad vulgar que me ofrecía y le imploré, María Fernan-

da, una gran amistad, de intimidad perfecta, que en un día cualquiera...

Tengo miedo de seguir hablando con usted en esta forma. Es usted tan altiva y tan adorable.

Su pobre amigo que la quiere.

Roberto".

—Ya ves que es una carta de enamorado—dijo Inés.

—No puedo decirte lo contrario—contestó María Fernanda.

Inés se puso un poco encendida y dijo en tono de reproche:

—Tú lo has provocado, Fernanda.

Ella sonrió con complacencia. Allá en lo íntimo de su ser, el poderío de su belleza, de su juventud ardiente, le produjo una enorme satisfacción.

Se plantó delante de Inés, con gravedad fingida y exclamó:

—Dime, ¿Roberto te interesa?

—A mí no. ¿Y a ti?

—A mí tampoco.

Las dos amigas se abrazaron riendo. Fernanda tomó del talle a Inés y la acompañó hasta la verja.

Se despidieron con un beso en los labios.

Era el crepúsculo. El jardín obscurecía por momentos. Todo estaba silencioso. Un tenue perfume

de jazmín llegaba en un airecillo remolineante. El cielo era de un color gris, de un gris claro, claro, casi blanco.

De pronto empezaron a doblar unas campanas. Una nube rosada pasó navegando velozmente por aquel cielo plomizo.

Cuando la obscuridad se hizo más densa, asomaron tímidamente "las tres Marías".

Las plantas del jardín que rodeaba la casa eran viejas y estaban cubiertas de polvo.

Había un surtidor de mármol veteado, y el tazón, resquebrajado y sucio, contenía un agua verdosa-obscura y algunas anémicas victorias regias.

Los caminos del jardín estaban invadidos por la hierba, de manera que se distinguían apenas. El principal estaba bordeado de evónimos que ofrecían un bello contraste con sus hojas nuevas, de un verde claro que alegraba la vista.

Junto a la puerta, un nogal alzaba sus amorosos brazos, y era tan amplio, tan cariñosamente amplio, que al pasar a su lado se sospechaba como una fuerza de amistad que emanaba de su generoso tronco.

Había unas glicinas muertas que pendían del enrejado de la puerta, casi ocultando un farol antiguo, de esos que tienen tres caras y se van angostando hacia la base.

En el farol, que nunca se encendía, un pájaro había instalado su nido. Un nido desordenado, con gran profusión de pajas y de plumas.

Entonces, abriendo la puerta que chirriaba desgarradamente, se penetraba en un vestíbulo pequeño de forma triangular.

El piso era de baldosas, a grandes cuadros negros y blancos, como un tablero de ajedrez.

Una escalera de madera con ancho pasamanos, comunicaba con el piso alto. Sobre la izquierda, una puerta de "vitraux" que figuraba en rojo y amarillo el arribo de una barca de pescadores, daba acceso al comedor, la despensa y las cocinas. Del otro lado se entraba a la sala.

El dibujo del "vitraux" era por demás ingenuo. El color de la tierra era rojo combinado de amarillo y este tono se repetía en la barca y en el semblante de los pescadores, que eran tres.

Uno de ellos echaba ya pie a tierra y el color del pie había resultado rojo como si estuviese sobre una hoguera. Las velas eran amarillas y las nubes rojas. El plomo que unía estos trozos de vidrio trabajado se había caído en algunas partes.

De una de las paredes pendía un huevo de avestruz pintado.

Al subir la escalera, en el recodo, después del primer descanso, había un escalón que crujía.

La escalera fatigaba un poco; pero al cabo se hallaba uno en un estrecho corredor con una gran ventana ojival que daba sobre el jardín.

Se respiraba un aire puro que llegaba de los cercanos montes de Palermo.

Venía luego el dormitorio de Fernanda, con unos mueblecitos bajos, primorosos, esmaltados en blanco. Seguidamente el dormitorio de don Nicolás y una alcoba que permanecía cerrada y en la que ninguno entraba, ni siquiera a sacudir el polvo que se iba aposentando en los objetos. Pero la puerta estaba cerrada nada más que con picaporte y aunque los goznes chirriaban se podía abrir fácilmente, cosa que no hacían los habitantes de la casa.

Un lecho bajo, de madera obscura, con un dosel rojo púrpura, abarcaba el centro de la estancia.

Había una cómoda con un espejo que reflejaba el tono violáceo de un lirio artificial que se descoloría en un florero; unas sillas de baqueta y un cofre de madera labrada.

Todo en un mismo tono obscuro que sosegaba el espíritu y amortecía el entusiasmo.

Amplios cortinados cubrían las molduras de las puertas en cariñosos pliegues, y, sobre una de las paredes laterales, un ventanuco con un enrejado artístico dejaba filtrar un hilo de luz. Para cerrarlo había un cordón trenzado de rojo y blanco que ter-

minaba en una borla con flecos. El cordón estaba sucio allí donde se apoyaba la mano.

Las grietas del cielorraso semejaban telas de araña. Tenía una guarda ornamental que figuraba una serie de querubines rollizos, que se envolvían en una guirnalda de rosas.

Ingenuo el asunto; primarios los colores; pero en todo ello un fuerte sabor de cosa hecha de todo corazón. Se pensaba en un aprendiz melancólico, adolescente, rubio, de esos que se enamoran sin remedio de una virtuosa dama, en no se sabe qué novela romántica.

Un adolescente de blondos cabellos, montado en una escalera, vestido con estrafalaria blusa de pintor, retocando de verde las hojuelas de la guarda, mientras la niña de la casa lo mira enternecida, con las mejillas rojas, con el respirar apurado, con la dulzura y las lágrimas del primer amor.

Esta era la casa que habitaban el ciego y María Fernanda.

Por nada del mundo hubiera consentido ella que se hiciesen refacciones en la casa.

Por lo demás la señorita Micaela se encargaba de que los criados pusieran todo en orden y bien limpio, aunque refunfuñaba por los gustos extravagantes de la niña y la falta de carácter de su padre ciego.

Súbitamente, Fernanda subió la escalera y corrió a encerrarse en su cuarto. Se echó sobre el lecho y se puso a soñar de cara al cielorraso.

Soñaba con un hombre bueno, sufrido, que, de pronto, la arrebatase a esa vida frívola que llevaba. En un hombre enérgico que pusiese un dique a sus caprichos siempre satisfechos; un hombre dominador que se hiciese respetar, que le enseñara sus rudos puños si necesario fuese, que se hiciese obedecer y luego la acogiese en su pecho para protegerla de todos los dolores del mundo. Por él dejaría su casa, sus comodidades, sus afectos, su padre ciego...

Se alzó bruscamente, se sentó frente a su bufete y se puso a escribir esta carta:

Hermano Roberto:

Quiero responder párrafo por párrafo a sus amargadas cartas, si bien es cierto que no las encuentro justas, ni menos explicativas.

Mi ramito de espirituales amigos sigue siendo el mismo para mí y hasta he pensado ensancharlo con todos los buenos que quieran ser mis amigos. De esto le hablo en mi última carta a nuestra amiga Inés. Pero con entusiasmo e idealidad. Si la ve, inquiera sutilmente la impresión que esa mía le dejó. Con seguridad me llama soñadora de imposibles.

Como le decía, ustedes son míos siempre; pero, a propósito, no está en mí el despego cariñoso, sino en ustedes, siempre hoscos y poco expansivos.

Inés y usted raras veces participan de mis ideas y sospecho que usted tiene preferencias por ella.

Excuso decirle que la ironía de sus palabras, en lo que se refiere a mis relaciones intelectuales no me llega, porque la veo bien fingida y poco suya.

Ha escrito eso, sólo por molestarme. ¿No sabe que eso a las mujeres no nos molesta?

Mis momentos espirituales no se los hago participar por una sola cosa: Los vi cambiados, materialistas, poco espirituales—a usted y a Inés. En más de una ocasión me clavaron el aguijón de sus burlas. Me dijeron romántica, especialmente Inés, y por eso me resisto a mostrarme ante ustedes como ingenuamente lo hacía antes. También existe en mí un pudor respecto de esas cosas...

Ahora, ¿qué hay de nuevo o de raro en nuestra amistad? ¿Qué quiere usted de ella? Siempre es la misma, siempre le he considerado a usted como a un buen amigo con quien cambié algunas impresiones, y como tal lo sigo considerando. El no terminar jamás nuestra correspondencia hubiera sido ridículo y sabido era que un día se agotarían los temas.

Eso pasa ahora con mi querido amigo Pablo, a

quien tanto parece odiar usted. Nos escribimos sobre algunas inquietudes y de esta suerte somos más amigos que nunca. Al revés de lo que Ingenieros dice, creo en la intimidad sentimental. Sólo que ha de ser entre espíritus elevados. Yo, por ejemplo, podría ser amiga de mil hombres, sin quererlos como novios. Y como siento enteramente fuerte y único el amor, lo reservo para cierto sujeto que yo me sé...

El amor—o mejor dicho mi amor—va a ser para uno que me tiene suspirando y que no llega; pero que llegará.

Yo esperaré a que El despierte y mientras, estaré triste aguardando...

Para terminar diré que no encuentro motivos al amargor de sus últimas cartas. ¿Dónde están sus veinticinco primaveras? Usted tiene condiciones de conquistador, tiene el privilegio de poder insinuar y querer...

Otra cosa: no hable nunca de intereses en cuestión de amor conmigo, porque eso no haría sino representarme chata y mala.

Su carta es triste; pero no debería serlo. Todo en torno nuestro ríe. Hoy comienza un nuevo año y la gente humilde alista sus carcajadas.

Sepamos llevar la vida y gozarla. Es cierto que

el dolor es necesario... pero... pero el nuevo año comienza y yo espero a mi príncipe...

¿Vendrá usted... a pasar la noche con nosotros?
Su amiga

María Fernanda.

No bien dejó la pluma, cuando la señorita Micaela, asomó su nariz por la puerta entreabierta y pidió permiso para "entral".

La verdad es que cuando María Fernanda, le dijo que pasara, ella ya estaba adentro; pero esto no viene al caso.

La vieja empezó a perorar con su voz aflautada. Como esta noche era de año nuevo, ella había dispuesto que se cenara un poco más tarde que de costumbre. ¿La desplacía eso? ¿No? Pues debía comunicarle otra novedad importantísima. Don Nicolás había ordenado que todos los criados, incluso el jardinero, se sentaran a su mesa. ¿Cómo? ¿Se reía? ¡Y ella que creía que le iba a dar un síncope!

Pero ¿es que le escribía al señor Roberto? Se permitía decirla que eso no era correcto, que la doncella Amanda le había dicho que hace unos días, al volver del paseo, en el automóvil, el señor Roberto la había besado... y eso... ¡ah! ella moriría de horror!

—Señorita Micaela—exclamó María Fernanda, al-

zándose bruscamente, con los ojos chispeantes de cólera—tenga la bondad de dejarme sola.

La vieja salió altivamente. María Fernanda, sofocada de indignación, se echó de bruces en su lecho, llorando a lágrima viva.

Y entonces nació en ella una sorda irritación y recapacitó seriamente en la vida ligera que llevaba, sin ningún acontecimiento importante que perturbara su espíritu. Ella era inquieta, nerviosa. Un fuego interior la devoraba, la hacía concebir absurdos proyectos, planes imposibles. Su imaginación ardiente la hacía soñar en una vida que no era precisamente la que vivía.

Quería sufrir por algún hombre que la conquistase, que la hiciese suya en un rasgo de virilidad y no encontraba sino mozalbetes que ella dominaba, tímidos como corderos, incapaces de pesar decididamente en su monótona existencia.

Roberto, que era acaso el más hombre de todos sus amigos, el más inteligente, tampoco comprendía. Se contentaba con besarla furtivamente y apenas ella le retaba con una mirada de desprecio, él se retiraba cohibido y se disculpaba luego en extensas cartas que ella quemaba despechada y triste.

Buscaba un hombre a quien temer y todos la temían.

Golpearon suavemente en la puerta:

—Señorita Fernanda... ¿quiere que la vista para la cena?—preguntó la doncella.

—No, criatura, me arreglaré sola—respondió María Fernanda.

Dió luz al aposento y se sentó frente al espejo. Miraba sus ojos brillantes por las lágrimas y experimentaba una honda ternura para consigo misma. Una gran compasión le embargaba el pecho.

—Pobrecita... ¡Cómo sufres!—se dijo a media voz—nadie te quiere... todos te desprecian.

Se enjugó los ojos con presteza, se coloreó los labios, se empolvó el ebúrneo cuello. Con rápidos movimientos ennegreció sus pestañas y puso con maestría una sombra azulada que circuía sus hermosos ojos.

Se alzó sonriente y se contempló desde lejos. Estaba deliciosa. Dió un último toque de carmín a sus labios, alborotóse la melena sobre la nuca y salió de la alcoba saltando alegremente.

Don Nicolás estaba ya en la mesa. Adivinó la presencia de María Fernanda y la reconvino:

—Hija, me tienes abandonado.

Ella corrió a rodear con sus brazos el cuello del anciano ciego.

—No me retes, papito... viejito mío.

El ciego sonreía y su rostro era como una máscara grotesca. Tenía por su hija algo más que el

amor de un padre. Cuando el hombre es herido por la desgracia, se hace más profundo, más noble, más comprensivo...

Esto había ocurrido con don Nicolás. Guardaba en el fondo de su alma la angustia de aquella noche del naufragio que le había arrebatado a su Isabel.

Y si antes amaba a su esposa, ahora que estaba ciego, ese amor había acrecido y adoraba su recuerdo. Cuando pensaba en ella, en los consuelos que ella hubiera hallado para su desgracia, parecía que las tinieblas que lo rodeaban se desvanecían ante un claror celeste, llena su alma del recuerdo de la mujer amada.

María Fernanda era como la materialización del amor que el ciego profesaba a la muerta. Tenía por ella dos sentimientos opuestos; uno de alegría, de dicha, pensando que ese tesoro de belleza era el fruto de aquel amor que había convertido en el culto de su vida. Otro era de inquietud y tristeza, pensando que la hora del amor se acercaba y la vida le iba a disputar a su niña que era ya una doncella.

Cuando Fernanda se sentaba a sus pies, él tomaba su cabeza y pasaba levemente su mano por aquellas facciones frescas de adolescente.

—¡Ah! qué hermosa eres Fernanda—murmuraba melancólicamente. Recorría con sus dedos el con-

torno de su boca, la huella de sus ojeras, el perfil de su nariz. Aquí decía:

—¡Hola, hola! como tu madre... una naricita de traviesa, con la punta para arriba...

Y sonreía. Más cuando María Fernanda se echaba locamente a abrazarlo, llenándolo de caricias, haciéndole mil arrumacos, el ciego sentía bajo la tela ligera del vestido los senos vibrantes de la doncella y experimentaba un grande desconsuelo.

Odiaba con un odio sincero a todos aquellos que hacían la rueda de amor a Fernanda; pero como sabía que eso la divertía, lo consentía todo con una sonrisa que en realidad era un rictus de dolor.

—Yo no he de abandonarte nunca, papito querido—decíale María Fernanda, hundiendo su manita en su cabello encanecido. Entonces se adivinaba en él una felicidad tan grande, que su rostro se animaba y una sonrisa amplia le dulcificaba las facciones.

Fernanda sentóse a la izquierda de su padre. La vieja Micaela apareció en el marco de la puerta. Detrás de ella venían los criados. Se adelantó, muy erguida, muy tiesa, hizo frente al ciego una ligera reverencia y habló de esta manera:

—"Señol", quiera el cielo que el año que va a "comenzal" le traiga toda clase de felicidad, que bien

usted se la merece... porque... porque... no es por decirlo, pero cuando yo me hice cargo de esta casa estaba todo en el "mayol" desorden. Yo soy una "mujel" "enélgica", honrada... que... que... que le desea muchas felicidades...

Se retiró unos pasos, emocionada y llevó el pañuelo a sus ojos y se sonó las narices.

El ciego, que había escuchado sonriente el curioso discurso, preguntó:

—¿Están todos aquí? ¿No falta nadie? ¿Está María?

—Sí, señor, estoy aquí y le deseo un feliz año nuevo—respondió avanzando la cocinera.

—¿Y Miguel? ¿Y Andrés? ¡Hola, Andrés! ¿Sabes que quería decirte? Se me ha ocurrido que debemos cultivar algunas flores bellas. Fernanda recreará sus ojos y yo... y yo sabré que le gustan a Fernanda...

Andrés adelantó sus pasos hasta llegar a la mesa. Sus zapatos claveteados, su traje de pana, sus maneras rústicas, denotaban al hombre zafio de las aldeas italianas.

—Come li digo... podríamos poner la resedá, la orquídea en el invrenáculo...

El resto de la servidumbre incluso la señorita Micaela lanzaron una estridente carcajada. María Fernanda se revolvía en su asiento de tanto reir. Pero

Andrés no se inmutó por esto. Echó una desdeñosa mirada a sus compañeros, sonrió servilmente a María Fernanda y prosiguió, desarrollando una mímica exagerada:

—Come li digo... esta gentes no entienden del cultivos... come li digo... de la floriculturas...

Don Nicolás, los fué nombrando a todos; luego tomaron asiento alrededor de la mesa y comieron como en familia. La cocinera María pedía permiso a cada instante para echar un vistazo a la comida que había dejado sobre el fuego; la vieja Micaela vigilaba severamente a sus subordinados y dirigía furibundas miradas a Andrés que había volcado en el mantel la salsa de sus fideos y trasegaba sendos vasos de vino.

—Come li digo... en mi pueblo la castaña se la comen los puercos, come li digo...

Y aquí era el reir a mandíbula batiente. Pero, cuando terminada la cena, Andrés echando un bufido se desprendió la pretina de sus pantalones, la señorita Micaela, pálida, temblorosa, se alzó de su asiento y exclamó chillando:

—Pero, buen hombre, ¿cree usted que está en un establo? Si usted no se modera me veré obligada a "tomal" "enélgicas" medidas.

—Come li digo...—replicó el jardinero sin inmutarse—me son puesto de propósito la camisa nue-

va... per eso, come li digo, me son tomado esa liberalidad...

María Fernanda tomaba de una frutera de cristal con toda suerte de delicadezas, un racimito de cerezas y llevaba una a su boca y otra a la boca del ciego.

—Está el señor Pablo—anunciaron.

—Oye—gritó Fernanda—dile que aguarde en el jardín. ¡Hace calor en la sala!

—¿No te hará daño el rocío?—preguntó don Nicolás.

—No, papá, no. ¿Es la primera noche que salimos al jardín?

La cena había terminado. Los criados repetían su feliz año nuevo. Andrés, el jardinero, se atracaba de frutas secas, recogiendo los piñones que habían caído del pan dulce sobre el mantel.

Como la vieja Micaela le mirara iracunda, él sentenció:

—Come li digo: no hay nada tan "saporoso" como la nuez.

Y se puso a hacer exagerados guiños para beber una copa de champán.

Llena de una alegría inmotivada, corrió María Fernanda a su habitación, se desnudó en un santiamén y sobre el mórbido cuerpo cubierto por fina camisa de lino, colocó con esa habilidad tan feme-

nina, un nuevo vestido, de color celeste, cuyo amplio descote dejaba su ebúrneo hombro desnudo.

—Niña Fernanda, ¿la visto?—preguntó la mucama.

—A buena hora—respondió ella alegremente—ya no tienes nada que hacer.

Enrojeció nuevamente sus labios, exajeró la ojera y salió en busca de su padre.

—Pero, papá, ¿no te has compuesto aún?

Ella misma le ayudó a vestirse una bata de noche y salieron al jardín, mientras la señorita Micaela necesitaba hacer gala de toda su autoridad para que Andrés abandonara la mesa.

Dos hombres fueron al encuentro de padre e hija.

—¡Hola!—exclamó Fernanda.—¿También está usted aquí, Roberto?

—Si no es un motivo de disgusto para usted—se apresuró a decir el aludido. Ella les dió a besar su manita, que parecía de marfil bajo la luna.

—Como en los tiempos antiguos—dijo riendo.

—¿El qué, como en los tiempos antiguos?—preguntó el ciego.

—El besamanos—le respondieron.

—No creo que antes fuese tan emocionante como ahora—dijo maliciosamente Pablo.

Pablo era rubio como una mies. Tenía una mirada lánguida, femenina y su boca, siempre pálida,

era apenas una sombra tenue sobre su blanca faz.

Sus ojos eran claros, sorprendentemente claros y la pupila daba una impresión de ceguedad.

Roberto, en cambio, tenía los ojos obscuros y brillantes, con un brillo de piedra preciosa. Sus manos eran nerviosas, finas. Era alto, alco encorvado, desarrollado viciosamente. Pablo era más bien bajo, un poquito grueso.

Pablo tenía modales suaves, afeminados; Roberto, en veces, era brusco, pero no grosero.

Los dos vestían con excesiva corrección; ambos eran escrupulosos hasta la minucia.

María Fernanda que era un espíritu turbulento, en ciertos momentos, hubiese dado con ellos en el estanque del jardín, y de ser posible, les hubiera propinado una tanda de palos, hasta hacerles perder toda compostura.

Sin embargo, tenía cierta afición por ellos, quizás porque le daban la medida de su poderío sobre los hombres, en comparación con otras mujeres.

Le placía que la elogiasen, que la adorasen y a veces, atrevidamente jugaba con la animalidad latente en ellos.

—Esta tarde—dijo María Fernanda a Roberto—le escribí una carta muy larga.

—¡Oh! qué amable...—exclamó él.

—En mis tiempos—dijo don Nicolás—las mujeres no escribían a los varones.

—Las costumbres se modernizan—murmuró Pablo suspirando. Y miró el pie de María Fernanda que asomaba debajo de la larga falda.

El tobillo, perfectamente redondo; la canilla delicadamente adelgazada, todo revestido por la media de seda malva, que por sí sola tenía el calor de su feminidad.

—¿Es una noche de estrellas?—preguntó el ciego. María Fernanda echó atrás la cabeza y mirando al cielo respondió con una entonación misteriosa:

—Sí, es una noche de estrellas. Están un poco pálidas debido a la claridad de la luna llena. Allá, abajo, brilla la cruz del sur... Estoy enamorada de una estrella.

Pablo se acercó a un cantero y cogió un jazmín. Estuvo mirándolo largo rato en silencio. Sobre sus blancas manos el jazmín era una cosa deslumbrante.

Se adivinaba en los hombres una espesa tristeza sensual que era como una letanía de sus deseos.

—¿Qué va a hacer con esa flor, romántico?—preguntóle Fernanda. El tuvo un pequeño sobresalto, como si le hubiesen arrancado de un bello ensueño; luego, sonriendo melancólicamente, le ofreció el jazmín.

Ella miró a Roberto y besó voluptuosamente los níveos pétalos. Después lo escondió en su seno. Pablo no pudo reprimir un estremecimiento de dicha. Su corazón se llenó de una dicha inefable, que le adormecía los sentidos. Sentía correr dulcemente la sangre por sus venas y sonreía con una sonrisa que parecía abarcar todo su ser.

Mudo y triste Roberto miraba a Fernanda y el ciego, por la expresión severa de su rostro, parecía querer desentrañar aquel silencio preñado de inquietudes, de deseos, de tristezas...

—¿Por qué no tocas la guitarra?—le dijo a Fernanda.

—Si tú quieres, viejito—contestó mimosamente.

Roberto y Pablo se ofrecieron a traer el instrumento. Pero ella ordenó, cruelmente:

—Vaya usted, Pablo; amo mucho a mi guitarra.

Roberto, apesadumbrado, se puso a mirar al cielo.

Volvió Pablo con la guitarra que ella templó, arrancando a las cuerdas dulces acordes. De pronto, graciosamente, se puso a rasguear un "zapateado". Era un aire triste, perezoso, un aire que dejaba en el espíritu una sensación de caricia frustrada, de abrazo incompleto.

Cuando hubo entonado, cantó con dulzura:

Tu corazón y el mío
No hacen pareja.

Alzaba la vista del encordado para posarla plena de malicia en Roberto.

Sobre la caja de la guitarra se doblaba el seno. Acariciante como el roce de una mejilla, su voz, plena de bellas inflexiones, ya enérgica, dominante, desdeñosa, ya insinuante, humilde, se metía en el alma de esos hombres y cada uno de ellos la percibía distintamente.

De súbito, dejó la guitarra con brusquedad y dijo:

—No toco más.

Y tenía las pupilas arrasadas de lágrimas.

—¿Qué tienes?—preguntó don Nicolás.

Fernanda suspiró:

—No sé, papá; no sé... Debo estar enamorada.

El ciego movió la cabeza sonriendo, pero sus manos se crisparon nerviosamente.

—Pasemos a tomar una copa de champán...

Roberto se adelantó a tomar el brazo de don Nicolás para guiarlo.

Un poco burlonamente, Fernanda ofreció su brazo a Pablo.

—Permítame que yo le lleve,—díjole—me agrada más llevarle...

Pablo sintió la mano de Fernanda en su brazo y palideció.

—Fernanda—balbuceó—Fernanda... yo la adoro... estoy loco por usted... si usted me desprecia haré lo que Werther... no podré sobrevivir a ese infortunio... usted, Fernanda, usted no podrá ser de otro hombre. Sólo de pensarlo siento como un vacío angustioso dentro de mi ser...

Y decía estas palabras, correctamente, sin exaltación, ahuecando un poco la voz. Fernanda le respondió, imitándole:

—Pablo... Pablo... joven blondo... hay tantas bellas mujeres en el mundo, ¿por qué tengo que ser yo necesariamente la elegida?

—Porque es usted la más bella...

—Amo mucho la libertad, amigo mío... el amor encadena...

Soltó el brazo de su compañero y suspiró:

—El amor encadena...

Pablo sintió que se le nublaban los ojos; cayó de rodillas.

—¿Qué es eso?—preguntó Fernanda fastidiada. —Está usted haciendo el ridículo... vamos, levántese... nos está mirando Roberto...

Entraron, comieron unas pastas y bebieron el champán. Fernanda se sentó al piano y tocó un "shimmy" estrafalario y todo su cuerpecito se es-

tremecía al compás de la música. Hacía temblar su busto y en este movimiento el vestido corriéndose dejó todo un hombro desnudo que ella no se preocupó en ocultar.

Después, con esas maneras que tenía, María Fernanda despidió a sus adoradores, acompañándolos hasta la puerta del vestíbulo que daba al jardín.

De cuando en cuando estallaba algún cohete luminoso desgranándose en mil estrellas de colores.

Unas voces lejanas cantaban agriamente festejando el advenimiento del nuevo año.

—Buenas noches, Fernanda. Que sea usted doblemente dichosa en el año que comienza.

—Que sea un año de esperanzas...—murmuró Pablo.

—Amigos míos, estoy triste. Un año que pasa es un año que no se recupera. Un año que pasa y el amor que no llega...

Los dos hombres se inclinaron para besar su mano tibia y se alejaron haciendo crujir bajo sus pies las piedrecillas del camino.

IV

Todas las mañanas, de once a doce, Fernanda en compañía de la señorita Micaela, llegaba en el automóvil hasta las proximidades de la plaza San Martín; emprendían a pie el paseo por la calle Florida, hasta la de Rivadavia, volviendo, por la acera opuesta, al punto de partida.

Este era el habitual paseo de moda. Las veredas estaban atestadas. Los hombres pasaban taconeando, caminando con un paso largo y elástico y saludando con ostentación.

Las mujeres respondían a los saludos con ligeras inclinaciones de cabeza, con vagas sonrisas que se perdían bajo el ala del sombrero.

Estaba de moda el pudor. Habían leído "La Garçone", que mandaron a comprar subrepticiamente. Y se dijeron:—¡ Horror !¡ Cómo se relajan las bue-

nas costumbres! Y habían adquirido ese modo de saludar, casi con miedo, tímidamente, volviendo apenas el rostro, con un mirar evangélico.

Sus trajes, después de las pastorales de los ministros de la iglesia, cubrieron totalmente sus cuerpos. Las faldas hasta el tobillo; nada de descote; las que llevaban mangas cortas se impusieron el uso de guantes largos que vestían la tentadora desnudez.

¡Cumplían así con la iglesia! La iglesia les había dicho: ¡Hay que ser recatadas, hay que cubrir las desnudeces!; y ellas obedecían. Todo estaba cubierto, es verdad, terriblemente oculto. Terriblemente, porque ahora dejaban adivinar todo lo que se les prohibía que mostrasen. Como la iglesia no les había dicho nada de sus ropas íntimas, habían suprimido el corpiño y la enagua y otras prendas del tiempo de Mari-castaña y así podían verse sus formas cálidas y temblequeantes en la superficie lisa del vestido.

Y si el sol daba de frente a sus figuras adorables, a través de las sedas se podían ver las arrogantes columnas de sus piernas...

La iglesia había sido derrotada con sus propias armas.

Fernanda y la vieja Micaela entraron a la calle Florida. Un hombre de edad, con aire donjuanesco,

que encontraron al paso, se detuvo a saludarlas, con infinidad de reverencias.

Vestía un traje claro, polainas blancas y galera gris. En el ojal de la solapa de su saco lucía un clavel rojo de gran tamaño. Estaba peinado cuidadosamente y llevaba el bigote ralo, embadurnado de cosmético.

Se ofreció a acompañarlas unas cuadras. Se apellidaba Enríquez y era antiguo amigo de la familia. Andaba al lado de Fernanda y sus ojillos de sátiro ora se detenían en el busto tremolante de la niña, ora atisbaban las mujeres que pasaban.

—¿Sabes que cada día te pones más hermosa?—díjole a Fernanda.

—Por Dios, Enríquez, no empiece a hacerme el elogio—rogó ella con cansancio.

—Divina, divina, sí, divina, esa es la palabra que corresponde—chocheó Enríquez.

Ella se volvió para responder al saludo que le hacía Roberto desde su automóvil. ¿Quién era la mujer que le acompañaba? ¿Inés? Sí, Inés. Una súbita contrariedad se alojó en su espíritu.

—¿No quieres atenderme, Fernandita?—preguntó Enríquez.

—Sí, hombre, ¿por qué no?—respondió malhumorada.

—Quisiera que me escuchases—prosiguió él—que

pusieras atención a lo que tengo que decirte... muy seriamente...

—Pero ¿está usted loco?—le interrumpió ella.—Si quiere hablarme de asunto tan serio, vaya a casa.

El viejo quedó herido por esta irritada respuesta. Atuzó el bigote y preguntó:

—Bueno, ¿cuándo quieres que vaya?

—Cuando usted guste...—respondió secamente.

Entonces el señor Enríquez se detuvo, saludó ceremoniosamente y se alejó por una calle transversal.

—Que tipo "calgante"—dijo la señorita Micaela.

A veces acontecía que en el paseo de Florida, encontraba a su padre, a quien acompañaba un lacayo llamado Miguel.

El pobre ciego dejaba los paseos de Palermo y se hacía conducir a la calle Florida por el placer de encontrarse con Fernanda.

Ella tomaba del brazo a su padre y la señorita Micaela y Miguel volvían a casa.

A Fernanda le invadía una grande felicidad conduciendo con infinitos cuidados a su padre bajo las miradas de simpatía de los transeuntes.

A veces, no siempre, entraban a una confitería a tomar un "coktail", a veces volvían conversando con algún amigo...

Los domingos se levantaba más temprano que de costumbre. Si estaba inquieta, nerviosa, enérgica,

iba a jugar un partido de tennis a Palermo; si estaba sosegada iba al Tigre y se dejaba caer desmayadamente en una barca, bajo su claro quitasol, mientras Miguel impulsaba la embarcación por el pintoresco río.

Estas eran las alternativas de sus eutrapélicas costumbres.

Al mediodía volvía a casa, con las mejillas coloreadas, los ojos límpidos y brillantes y el corazón sano y alegre.

Por la tarde iba al hipódromo a hacer un poco de vida social. No entendía nada de caballos y jugaba ordenadamente como aconsejaba el buen sentido. Don Nicolás, por el contrario, se apasionaba en demasía. Se hacía leer el nombre y las características de los competidores y apostaba con verdadero entusiasmo. Cuando la carrera comenzaba, tomaba a María Fernanda del brazo y su rostro se iba animando extrañamente, a medida que su hija le refería el desarrollo de la prueba.

—¡Ya largaron!... Adelante viene el verde... ¿Cómo se llama?

—Victorioso—respondía sin vacilar el ciego.

—Ahora lo alcanza don Jacinto... Ya lo pasó...

—¿Lo pasó?

—Sí, padre... más de un cuerpo... ahora arremete... ya están cerca...

Y cuando el vocerío de la multitud que llenaba las tribunas estallaba, al finalizar la lucha, el ciego, tembloroso, impaciente, preguntaba:

—¿Quién?... ¿Quién ha ganado?

Después venía el saludar a tal y a cual, el comentar con Inesita los vestidos de sus amigas y el "flirteo" con un cascaciruelas cualquiera del enjambre de sus adoradores.

Al atardecer o a la noche, asistían a conciertos musicales. Padre e hija quedaban embebidos en la música. Es verdad que María Fernanda prefería los chispeantes ojos de anónimo galán; pero no es menos cierto que respetaba el religioso recogimiento con que su padre ciego oía, pasmado, el milagro de aquellos sonidos que lo expresaban todo. La pena, la alegría, la melancolía, la tragedia, la placidez del alma que decían las frases musicales que escuchaba. Otras le traían al recuerdo escenas que no había vivido, pero que había visto en otro mundo, en remota edad.

Le parecía que su espíritu era una tenue llamita azul y la música una leve brisa que acariciaba el cuerpo de la llama. Cuando el drama era intenso una palidez total cubría su semblante. Su corazón amenazaba sofocarle. Un raudal de lágrimas apa-

recía en los cuencos obscuros de sus ojos cegados. Pronto el "Allegro" iluminaba de nueva paz su rostro noble y el "Allegreto" hacía florecer una sonrisa sobre sus tristes labios.

Frecuentemente, Fernanda invitaba a una docena de amigos y se bailaba y se conversaba hasta cerca de media noche.

Aquel arcaico caserón que habitaban se transformaba por arte de brujería en iluminado castillo de hadas.

El jardinero Andrés colocaba innumerables farolillos chinescos en las plantas viejas y descuidadas del jardín. Se encendían todas las luces de la casa y no se oía en la noche, sino la música de la orquesta, las carcajadas y el ardiente parlotear de las mujeres.

Aquella tarde María Fernanda había dispuesto una de esas fiestas. Los invitados lo eran en mayor número, de manera que era esa una reunión extraordinaria.

Anduvo trajinando de un lado para otro, vigilándolo todo por sobre el hombro de la señorita Micaela, que dirigía los preparativos.

Luego, Fernanda se metió en el baño. Bajo el agua que la bañaba, la carne blanca de María Fernanda parecía irradiar una leve claridad que aureolaba sus contornos.

La mucama entró para frotarle las espaldas y enjugar su cuerpo.

—Cierra la puerta—le gritó ella.

Cuando la friega concluyó, volvió a entrar en la ducha y saltó ágilmente a los brazos de la doncella que la esperaba con la tohalla abierta.

Se hizo un ovillo en las faldas de la mucama que la vistió como si se tratara de una muñeca.

—Cuando tengo que vestirla—dijo sonriendo la doncella—me parece que soy chica y que estoy jugando...

Fernanda le dió un golpecito amistoso en la mejilla.

Tenía una enorme tranquilidad; sentía sus miembros descansados y un dulce sosiego había sucedido a la actividad nerviosa del día.

Fué a sentarse cómodamente frente a la ventana de su cuarto, desde la cual se veía la torre de la iglesia del lugar.

El cielo obscurecía por momentos. Densos nubarrones se disputaban palmo a palmo el cielo. Don Nicolás, que había salido a dar su habitual paseo, no había vuelto. Pidió una taza de te y cuando la sirviente llegó con la bandeja, ella dijo tranquilamente:

—Se nos va a aguar la fiesta.

—Creo que sí—afirmó la mujer.

Oyeron la voz del ciego.

—Ya ha vuelto papá.

—Sí, niña, es él.

Don Nicolás abrió la puerta y preguntó:

—¿Estás aquí, Fernanda?

—Sí, papá.

—Tu fiesta ha fracasado.

—No me aflije, papá.

—Creí que estarías preocupada—agregó, y se marchó con el característico golpecito de la vara de bambú que llevaba para guiarse en los corredores de la casa.

Las primeras gotas de la lluvia resbalaron por los cristales de la ventana. Después rodó un trueno lejano.

—Me gustaría estar ahora en una casita pobre, de techo de cinc—dijo Fernanda.

—Sí;—murmuró la mucama—es lindo oir el ruido de la lluvia en el techo.

Fernanda se aproximó a la ventana y se puso a mirar los tejados vecinos bajo la lluvia, con la nariz pegada a los cristales.

Llegó la noche. Seguía lloviendo con persistencia, una lluvia fina, de una monotonía desesperante.

Fernanda hizo encender todas las luces de la casa. Quería distraerse, alejar de su alma una melan-

colía que se había adentrado con las primeras gotas de la lluvia.

Cenaron frugalmente. La señorita Micaela, atiesada, digna, exclamó, contenta de poder lucir su flamante vestido de seda negra:

—El cielo se ha despejado. Sopla un viento un poco "flío" pero ya no ha de "llovel" más.

Apenas tuvo tiempo María Fernanda de vestirse un traje que le dejaba los hombros y los brazos desnudos y ya llegaron algunos de los invitados.

De cuando en cuando un automóvil se detenía en la puerta de la casa y nuevos visitantes llenaban la sala.

Acrecieron los murmullos. Fernanda iba y venía agitada, satisfecha del éxito de la reunión.

Se veía asediada por un grupo de hombres de edad madura que la habían proclamado reina de la fiesta. Al pasar junto a ella Inés la dió un beso.

—¡Qué hermosa estás, Fernanda!

Enríquez solicitaba insistentemente que le concediera un minuto de atención.

Una orquesta de negros norteamericanos rompieron a tocar sus chillones instrumentos y en medio del mayor desorden algunas parejas se lanzaron a bailar.

Había en el ambiente un fuerte olor de heliotropo que Fernanda había echado en el alfombrado.

Brazos desnudos, amplios descotes empolvados, labios rojos, teñidos de un rojo hiriente que fatigaba la vista.

Era aquello la apoteosis de la carne, una pobre carne miserable e indigna, recubierta de sedas y de piedras preciosas.

Estaban allí las madres que hacen amamantar sus hijos por otras madres sirvientes, danzando en brazos de mozalbetes ojerosos, poniendo sus carnes sueltas en brazos de jovencitos acicalados.

Los maridos, como una casta perfectamente clasificada, permanecían en un extremo del salón, agrupados, tratando gravemente sus asuntos, mientras sus bellas esposas pasaban agitadas, ardientes, en brazos de los otros...

Como piezas de cristal arrojadas al aire eran los sones que los músicos arrancaban a sus instrumentos.

Todo saltaba al compás de aquella música desenfrenada.

El jardín parecía habitado por mil extáticas luciérnagas, que simulaban los farolillos chinescos escondidos en la fronda.

Fernanda estaba alegre. Su fiesta era todo un éxito. Enríquez le pidió una pieza que ella le concedió. Se dió a bailar alegremente, sonriendo con malicia a Roberto que la miraba cariacontecido.

Enríquez estrechaba a Fernanda con sus manos huesudas y ésta experimentaba un vago desasosiego. Llegó un momento en que las manos de ese hombre llegaron a serle insoportables. Se desprendió de él con alguna brusquedad como si se sofocara.

—¿Qué te pasa?—inquirió el viejo.

—Me ahogo... no puedo seguir bailando...

Insensiblemente la llevó Enríquez hasta el vestíbulo. Ahí le renovó con palabras ardientes de deseo su pretensión de desposarla. Le hizo ofertas excepcionales si consentía en casarse con él. Le dijo que estaba dispuesto a tolerar todos los caprichos de su juventud, a consentirlo todo con tal de que se casase con él.

Fernanda quedó pensativa. Le impresionaba la vehemencia que había puesto Enríquez en confesarle su amor.

—En agosto le daré una respuesta—dijo de pronto por decir algo, y echó a correr hacia el interior de la casa.

La fiesta estaba en su apogeo. El champán y los licores surtían su efecto. Un vaho de lujuria, de voluptuosidad endiablada flotaba en la atmósfera. Algunos se habían fabricado bonetes de papel y eso aumentaba el aspecto de orgía de la fiesta.

Fernanda se dirigió a su alcoba. Deseaba poner-

se un poco de agua de colonia en las sienes. Tenía la cabeza pesada y dolorida.

Abrió la ventana. Con la primera bocanada de aire fresco, le llegaron estas palabras:

—Te juro, vida mía, que nunca me he sentido atraído por María Fernanda.

—No te creo—respondió la voz de Inés. Le has escrito cartas de enamorado...

—Y bien... me he querido divertir un poco...

Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y asomándose al jardín vió dos cabezas que se juntaban. Resonó el chasquido de un beso; luego otro y otro...

Se dejó caer en el lecho presa de una incontenible irritación que le provocaba lágrimas.

¿Así que Roberto había querido divertirse con ella? Inés se burlaba de su intimidad y la traicionaba. ¡Ah! ¡Cómo era de desgraciada!

Se alzó, acometida de repentina energía, enjugó sus ojos, empolvóse el rostro lavado por las fáciles lágrimas, y bajó.

¿No era acaso bella? ¿Le faltaban pretendientes? ¿Había siquiera pensado en Roberto para algo más que para entretenerse? Entonces, a qué tanta importancia para un asunto que no la tenía. Sin embargo... y había en este sin embargo mucho de vanidad femenina lesionada.

Entró a la sala, halló a Pablo y se fué a bailar con él.

—Fernanda... Fernanda... no la había podido hablar aún. La felicito por el éxito de la fiesta... por la magnífica fiesta.

Fernanda le dijo:

—¿Es aquel, Roberto?

—El es.

—Lléveme usted hacia allá.

—Si usted lo ordena.

Ella se acercó resueltamente. Se saludaron. La mirada de Fernanda fija, fija en el rostro de Roberto.

—¿Por qué me mira usted de ese modo, Fernanda?

—¿No tiene usted de nada que culparse?—preguntó ella a su vez.

—¿De qué quiere que me culpe?

—Usted... usted...—barbotó colérica; pero no pudo proseguir y salió corriendo para que no la viese llorar de indignación.

Subió nuevamente la escalera y se dirigió a su alcoba. Cuando estuvo frente a la puerta del cuarto, oyó pasos detrás suyo. Se volvió rápidamente y se encontró frente a Roberto.

Sintió que el temor la hacía desfallecer. El corredor estaba a media luz. Se hallaban solos. Lle-

gaban hasta ellos los ruidos de la fiesta. Por la puerta entreabierta de su cuarto se veía su camita de soltera. Aún sonaba en sus oídos el chasquido de los besos que él había dado a Inés. Una extraña agitación le impedía hablar.

Ya que él la había seguido hasta allí, ya que estaban solos y ella le temía y se hubiera doblado dócilmente a su abrazo...

La puerta estaba entreabierta y se veía su camita blanca de soltera...

Pero Roberto empezó a tartamudear una disculpa. Una mueca de desdén se dibujó en el rostro de Fernanda.

—Perdón, si la he seguido... es un atrevimiento... perdón...

—¿Qué me quiere?—musitó ella.

—¡Ah!, no... por Dios—imploró él.—No me hable así, como hace un rato. Yo... yo la amo... profundamente... verdaderamente...

—¿Usted?... ¿Usted?... ¡Me ama!

Se detuvo, de pronto, presa de una extraña turbación. Roberto lloraba. Una vaga conmiseración le llegó ahora al alma.

—Pero, ¿llora usted sinceramente?—preguntó. Se acercó a él y le miró en los ojos con ternura. Roberto inclinó su rostro sobre el de ella y la besó larga y apasionadamente.

Aquel beso devolvió a Fernanda su reciente rencor. Sus ojos brillaron siniestramente. Sus manitas finas, delicadas, se crisparon de furia. Mirándole bien a los ojos, le escupió en la cara.

—Eso es lo que usted se merece...—murmuró trémula de ira.

—¡Fernanda!—exclamó él con la voz enronquecida. Y se puso lívido.

Después lentamente empezó a bajar las escaleras como un ebrio.

Ella le siguió. El volvió la cabeza y le dijo:

—Sólo sé que la amo...

La orquesta tocaba un tango triste y sensual. El tema era un largo lamento de despechado, de infortunado en amores...

María Fernanda se dejó llevar por Pablo hacia el comedor. Tomaron unos helados y volvieron a la sala.

De pronto, los concurrentes estallaron en una resonante carcajada.

En medio del salón, con los ojos que amenazaban saltársele de las órbitas, el jardinero Andrés, gritaba:

—Siñorita Fernanda... come li digo...

Aquí una nueva risotada. Alguien gritó, retorciéndose de risa:

—Hombre, era lo que faltaba...

Pero el jardinero gritaba:

—Siñorita Fernanda... come li digo... el señorito Roberto si ha tirado un tiros in la cabezas... en el jardín...

V

El suicidio de Roberto alejó a todas sus relaciones, excepto a Inés.

María Fernanda vivió unos días de angustia. Despertaba sobresaltada, en medio de la noche, estremecida por convulsivos sollozos que le hinchaban el pecho. Se hacía los más amargos reproches y se culpaba de la muerte de Roberto; pero llegaba el día y todo remordimiento desaparecía. Ella no había podido obrar de manera distinta. Al cabo de unas semanas todas estas preocupaciones desvaneciéronse como una columna de humo deshecha por el vendaval.

Una mañana, Fernanda estaba desayunándose junto a su padre. Era un espléndido día. Por la ventana entraba un aire limpio y fresco. Se oía un piar de pajarillos en el jardín.

Cuando terminó el desayuno se entretuvo en leer los diarios de la mañana a su padre.

El ciego escuchaba atentamente la lectura. Revolución en México; movimiento revolucionario en España; huelga general en Inglaterra...

De pronto, bajo el dintel de la puerta apareció Alvaro Fuentes. Su rostro reflejaba una sincera alegría.

Era el mismo Alvaro que se marchara un día, con un aire de cansancio, con un pequeño saco de viaje, un poco inclinado sobre un costado, como si una dolorosa carga le agobiase.

El cabello encanecido en las sienes, aun realzaba la nobleza de sus ojos, que tenían ese inconfundible sello de los que han visto mucho.

Bajo el dintel de la puerta, atenaceado por una honda emoción, Alvaro sonreía tristemente, cansadamente, con una sonrisa que quería irse definitivamente de sus labios, para dejar lugar a una mueca de hastío, de dolor y de desdén.

Fernanda había interrumpido la lectura y miraba entre sonriente y conmovida a aquel hombre que ella recordaba vagamente.

El ciego, inquieto, se alzó de su asiento y por la fuerza de su gesto parecía que sus ojos muertos querían hendir las sombras.

—¿Qué hay?... ¿qué hay?...—preguntó con una voz temblequeante.

Entonces Alvaro Fuentes se adelantó a estrecharlo entre sus brazos.

—¡Ah! tú... Alvaro... lo presentía... ¿Cómo... cómo estás?—y tanteaba el ciego con sus manos flacas, los brazos, el pecho, el cuello de su amigo...

Luego Alvaro volvióse hacia Fernanda, la tomó de las manos y la dijo:

—¡Fernandita... qué hermosa te has puesto!... Voy a besarte... Creo que tengo derecho a besarte...

—Es más tuya que mía—murmuró el ciego.

Alvaro tomó la cabeza de María Fernanda y separando los cabellos ensortijados que le caían sobre la frente ancha y pura, la besó tierna, delicadamente, con un beso casto y afectuoso, lleno de un calor de amistad que se aposentó en el corazón de la muchacha.

Luego se sentó junto al anciano y empezó a referirle detalles de su vida, pausadamente, con esa voz suya, enronquecida y melancólica.

María Fernanda recorría con la vista el perfil bello de ese hombre y se sentía pendiente de sus palabras, de sus gestos, de sus intenciones...

Miraba sus manos finas y pálidas, su cuerpo sobrio y fuerte; sus piernas ágiles, cruzadas con gra-

cia; y ascendiendo se detenía en el cuello musculoso, tostado por el sol de los desiertos indostánicos. Miraba la cabeza, los cabellos negros, brillantes, blanqueados en las sienes, como si trajera adherida a los cabellos un poco de nieve de Alemania, que cayera sobre su cuerpo al volver al hotel, a media noche, por la melancólica calle Odenwaldstr.

La nariz recta, un poco ancha en su base, y el labio superior acanalado en su centro, como el de aquellos que, de infantes, fueron bien amamantados.

Y la boca, que era un surco, más bien una hendidura de labios finos, descoloridos, como la boca de una herida y en donde se sospechaba la existencia de algo más amargo que el jugo de la flor del áloe.

Y los ojos que eran grandes y que mantenía con los párpados semi-entornados, como si la luz los dañase, como si el sueño los acariciase, como si el recuerdo de algo que dejaba una dulce melancolía en su alma, le obligase a abstraerse, a no complicarse mucho en las cosas vulgares del mundo.

Y las pestañas como una lluvia menuda sobre sus pupilas. Y las cejas arqueadas, como de los que se asombran de no haber sido beneficiados por Acidalia.

Y toda aquella simpatía que emanaba de su per-

sona, y aquel aire de cansancio que conmovía hasta la ternura.

Fernanda se retiró a su alcoba, se miró un instante en el espejo y los ojos se le bañaron súbitamente de lágrimas.

Lloraba mirando en el espejo como asomaban las lágrimas y rodaban por sus mejillas hasta su boca.

Se preguntó porqué lloraba y no pudo explicárselo. ¿Acaso por el suicidio de Roberto? No, no, no era aquello. En enjambre, como si fueran avispas, los recuerdos le punzaban el cerebro.

Sus amigos, sus coqueterías, sus vanidades disfrazadas con bellas palabras que había aprendido en los libros, se le mostraron ahora desnudas de los miserables trapos que cubrían la pobre estructura de sus cuerpos.

Quería olvidarse de la vida frívola que había llevado, rodeada de gente frívola, escudada únicamente en su padre ciego que todo lo toleraba, confiando en la divina providencia.

¡Ah! ahora, sin saber porque estaba asqueada de todo aquello, asqueada hasta la sensación física de aquella vida. Se llenaba de horror por aquella existencia de vicio que comenzaba en la escuela normal, entre amigas maliciosas. Luego los amigos íntimos que la moda imponía y los libros vedados por la crítica para sus almas blancas, que

ellas encargaban discretamente a sus sirvientes, para leer más tarde, encerradas en sus cuartos, ansiosas de develar el misterio de una vida fácil.

Luego el hipódromo, la ruleta, el pocker, los tes danzantes, y la música moderna, una música epilética, lúbrica, que nos dice de desenfrenos, de fracasos, de desesperación sexual. Y los brazos de aquellos compañeros de danza, y el secreto de sus cuerpos, el distintivo de una virilidad pervertida sobre sus cuerpos...

Y luego el "flirt", la ronda del deseo que hacían alrededor de su cuerpo, y a ratos, en momentos de desfallecimiento, las babas de los que tanto la deseaban y no la merecían.

Y ese perpetuo luchar contra la materia que exigía sus diezmos y ese dormirse, por las noches, en su camita blanca, con la boca ácida y la carne triste de tanta soledad.

¡Ah!, ella era una mujer de corazón... ¡Es que no la comprendían, por eso la conceptuaban frívola. Pero ella sería humilde, mansa, al lado de un hombre, de un verdadero hombre que tomase la responsabilidad de su vida sobre sus hombros.

Un hombre que arrostrase sin desfallecer el dolor y la muerte, que le diese hijos conque apaciguar esa enorme inquietud que ahora ahogaba en reuniones mundanas entre dos compases de "shimmy".

Pensando estas cosas, Fernanda lloraba. Se había quedado frente al espejo y miraba su rostro afeado por el llanto, que contraía su boca y empequeñecía sus ojos.

Insensiblemente su rostro pasó de la expresión de la más amarga pena, a una alegría tranquila, que parecía bañarla de serenidad.

Enjugó sus lágrimas, mojó con agua fresca sus mejillas y corrió a la cocina.

—Oye—gritó a la cocinera Concepción—ha vuelto Alvaro... prepara una buena comida... debe estar hambriento... pobre...

—Le he llevado el desayuno—dijo la mucama Esther—y no lo ha querido tomar...

Fernanda corrió al comedor donde estaban aún los dos hombres. Con las mejillas un poco encendidas, turbada, asombrada ella misma de encontrarse atada por no sabía qué extraño sentimiento, le preguntó:

—¿Es cierto que ya ha tomado el desayuno?

Alvaro se volvió sonriente, la miró con cariño y contestó:

—Sí, querida; no te preocupe...

Ella iba a retirarse; pero él la llamó:

—Ven, siéntate aquí; quédate con nosotros.

Ella colocó un almohadón entre él y su padre y se sentó.

Mientras ellos hablaban de sus cosas, María Fernanda insensiblemente apoyó su cabeza en las rodillas de Alvaro y él se entretuvo en acariciarle el cabello, en tanto ella desfallecía de esperanza y de amor.

VI

A aquella Fernanda de carácter ligero, caprichosa y terca, frívola y cruel, habíale sucedido otra Fernanda amiga del silencio, de la soledad, que tenía por momentos los ojos húmedos, que se quedaba sentada frente a la ventana de su cuarto, con la mirada enredada allá lejos, donde "la enamorada del muro" tejía una cortina rojiza a la pared.

Se había vuelto huraña y eludía la visita de sus íntimos, desde la noche aquella de la fiesta, en que Roberto se había suicidado.

—Estás neurótica—le había dicho Inés.

—No lo creo—replicó ella. Pero como en ese momento Alvaro conversara con Inés, que reía ruidosamente, ella, muy grave, la llevó a su alcoba, se plantó frente a frente y le dijo con brusquedad:

—No tengo gusto en recibirte.

Inés la miró asombrada.

—¿Qué?...—acertó a balbucir.

—No tengo gusto en recibirte...—repitió Fernanda con firmeza.—No has sido nunca leal...

Inés dijo, intensamente pálida:

—¿Cortas nuestra amistad?

—Lamento no haberlo hecho antes.

Salió la amiga, sin volver la cabeza.

Entonces quedó aislada de todos sus amigos. Una persistente melancolía se había adueñado de su espíritu. Si se quedaba leyendo un libro, de pronto, como una gota de rocío, caía una lágrima sobre el libro abierto. Si veía un pájaro cruzar por el retazo azul que recuadraba su ventana, seguíalo con la mirada hasta que desaparecía y una extrema congoja se anidaba en su corazón.

Por las tardes, cuando Alvaro salía con don Nicolás, ella se quedaba en el balcón mirando como se alejaban esos dos hombres que integraban su vida.

Y aún cuando volvían estaba allí, aguardando el instante en que desembocaran en la calle bordeada de álamos, Alvaro llevando a don Nicolás, ambos vestidos de negro, con ropas sencillas, amplias, que daban a sus figuras un aire de austeridad.

Y cuando les oía llegar, corría a su encuentro y besaba al anciano ciego y miraba tiernamente, dolientemente a Alvaro.

Si él la decía "querida", si le estrechaba las manos, corría a encerrarse en su cuarto y repetía por lo bajo la afectuosa palabra que él había pronunciado o ponía en sus mejillas las manos que él había estrechado.

Don Nicolás había dicho a Alvaro, en uno de los paseos que daban diariamente:

—Creo que Fernanda está enamorada. ¿Tú no lo has notado?

—¡Quién sabe!

—Te digo, Alvaro, que el día que Fernanda se vaya de mi lado habrá terminado mi vida...

—¿Entonces, tú crees que ella va a permanecer soltera?

—Ya sé que no. Y el día que se case habré perdido gran parte de su cariño... No puedo conformarme con esta idea... Estoy muy inquieto... Siquiera esperara ella a que yo muriese...

—No digas eso...

Fernanda también tenía una inquietud que turbaba la paz de sus noches blancas. Era el permanente temor de que Alvaro se marchase nuevamente y la dejase hundir en la amargura de su primer fracaso.

¡Ah! cómo sabe un fracaso después de innúmeras victorias!

Un día, mientras almorzaban, Fernanda que no había hablado antes para no revelar la intensidad de su pasión, se decidió al fin, lleno el corazón de incertidumbre, la voz temblorosa, la mirada ansiosa y suplicante, pálida como de cera:

—¿Quedará siempre con nosotros, Alvaro?

El la miró con un poco de sorpresa y, hombre avezado al fin, comprendió lo que pasaba en el alma de la niña.

Respondió:

—No tengo donde ir, criatura... Además voy para viejo.

Entonces el rostro de ella resplandeció en una gloriosa sonrisa y, en voz baja, que apenas era un leve murmullo dijo:

—¡Gracias!

Alvaro fué el entristecido. Ya no la volvió a llamar "querida". Le decía simplemente Fernanda, y trataba en la mesa de evitar que sus miradas se encontrasen, plenas de afecto, como si se culpase de algo delictuoso.

Durante el día huía de su encuentro. Empezó a salir, regresando a media noche, de manera que ahora casi no le veía.

Una noche Fernanda decidió aguardarlo. Las ho-

ras pasaban y ella permanecía alerta, sentada al pie de la escalera en la obscuridad del vestíbulo.

Hacía un poco de frío. Nadie, excepto ella, quedaba en pie en la casa. Un ardiente deseo de estrecharlo, de apretujarlo entre sus brazos, de confesarle todo lo que lo amaba, de implorarle que la dejase llorar un instante sobre su pecho de hombre, la retenía allí, estremecida de frío, los ojos secos y brillantes de fiebre.

Una llave hurgó en la cerradura. El corazón de Fernanda se detuvo. La alta silueta de Alvaro se recortó en el marco de la puerta.

—¡ Alvaro!—suspiró ella.

Avanzó unos pasos tambaleante. Fernanda le echó los brazos al cuello. Un aliento de alcohol le quemó el rostro.

—Alvaro, Alvaro mío.

Pero él le dió un fuerte empellón que la hizo retroceder unos pasos, al tiempo que decía borrosamente:

—Pero ¡qué mujer atrevida! ¿Hasta aquí me has seguido? ¿Y cómo te atreves a meterte en la casa?... ¿No ves que puedo hacerte llevar preso? ¡Qué mujer atrevida... qué mujer atrevida!..

Fernanda huyó gimiendo hacia su alcoba. Estaba ebrio.

Al día siguiente María Fernanda amaneció en-

ferma. No era cosa de cuidado; pero don Nicolás pasó los días más amargos de su vida. En vano se le aseguraba que lo que Fernanda sufría era una pequeña crisis nerviosa, que le quitaba el sueño y la demacraba sin otras consecuencias; pasaba el día junto al lecho y aun de noche se le oía golpear con la varita en los corredores de la casa, para guiarse hasta el cuarto de su hija.

El médico dijo un poco bonachonamente:

—Señor Nieto, hay que casar a esta niña...

Se convino en que, apenas repuesta, la llevarían a un clima más benigno—entraba el otoño—y que volverían del viaje en la primavera próxima.

Alvaro proyectó un viaje al Paraguay y se hicieron los preparativos para partir. Pero Fernanda hallaba un nuevo placer en estarse en la cama muy quietecita, vestida con finos camisones de lino, mirando ya a su padre con una mirada llena de ternura, ya a Alvaro, implorante y doliente.

A veces quedaba Alvaro solo. Entonces Fernanda decía con débil voz:

—Alvaro ¿quiere arreglarme las almohadas?

Y enrojecía de placer si él rozaba las manos en sus mejillas o si sus dedos nerviosos se enredaban en sus cabellos.

VII

Al fin partieron. Era un hermoso día de sol. El Río de la Plata estaba en calma. El agua era sucia, rojiza bajo el sol.

A bordo reinaba la animación y la alegría. Fernanda desde la borda contemplaba la costa. A la derecha, el balneario, que parecía un "nacimiento", de esos que vienen en una caja de cartón y que, de niños, todos hemos armado una vez, poniendo los arbolitos, que tienen un pie de madera, alineados, y piedrecillas en los caminos.

A la izquierda, un bosquecillo de sauces, de color verde claro, del Dock Sur.

Cuando la costa estuvo más lejos, desaparecieron los detalles y sólo se alcanzaron a ver los árboles y alguna que otra cúpula o chimenea.

Alvaro estaba a su lado. La tomó de un brazo y la llevó hacia el salón principal. Allí estaba don Nicolás tomando una taza de te.

—Es la primera vez que embarco, después de... tantos años...

—¿Te disgusta?—preguntó Fernanda.

—No.

—Y tú, ¿no tienes miedo?—dijo Alvaro. Y ella respondió con una mirada apasionada.

—A su lado, no.

Alvaro se puso a hojear un libro. Al leve ruido que hicieron las hojas, el ciego preguntó qué libro era.

—"Nacha Regules"—respondió Alvaro.—Porque, ¿quieres que te lea?

—No, ese es un libro turbio, de tristezas proletarias, es un libro de ideas avanzadas... quisiera oir unos versos galantes...

—Bueno, escucha...—dijo Fernanda, y comenzó a recitar:

¿Recuerdas que querías ser una Margarita...

Los versos de Darío tenían en su boca una tristeza más: la de su carne doliente e insatisfecha que gemía. Había tomado una mano de Alvaro, que la miraba subyugado y la acariciaba nerviosamente.

Por la noche, después que cenaron, María Fernanda, quiso pasear por la cubierta.

—Llueve...—le advirtió un camarero.

Llovía silenciosamente. Quedaron un rato más en el salón, leyendo algunas revistas. Al momento, dijo Fernanda:

—¿Quiere acompañarme, Alvaro, a mi cabina?

El la cogió del brazo, estrechamente y la acompañó hasta su camarote. Cuando Fernanda cerró la puerta, él aun quedó un instante vacilando, con el corazón que quería saltársele del pecho, adivinando que ella, la adorada, aguardaba a que él dijera una palabra.

¡¡Una palabra!!... pero no la dijo y volvió al salón.

El día siguiente fué lluvioso y triste. El barco avanzaba suavemente. Las márgenes eran pintorescas. Arboles de todos tamaños y formas, de troncos rectos, flexibles o nudosos y retorcidos, elevaban sus copas protegiendo a las plantas rastreras, que se abrazaban a ellos y los cubrían de florecillas blancas o lilas. La lluvia caía sobre estos árboles atenuando los colores y entristeciendo el paisaje.

Se oía el batir de la hélice en las tranquilas aguas. Al atardecer la lluvia cesó. Don Nicolás, Fernanda y Alvaro fueron a sentarse en la cubierta. Veloz-

mente las nubes, blancas como copos de espuma, despejaban el cielo. Tomaban caprichosas formas de animales, de barcos, de cosas distintas que Fernanda iba enumerando con la vista fija en el cielo.

—Ahora parece un oso.

—Más bien un ciervo—corrigió Alvaro.

—Y ahora, ahora parece un corazón... sí... y ahora se destroza...

Y unas lágrimas asomaron a los ojos de Fernanda.

De pronto, don Nicolás se puso de pie con una expresión angustiosa en el semblante pálido, y dijo con una voz que no era la suya:

—Aquí fué...

—Sí—afirmó Alvaro—aquí fué...

Se fué animando por momentos y se puso a referir nerviosamente los detalles.

—Por aquí, más o menos te encontré a ti... y a tu padre. ¡Ah! era espantoso... Una noche blanca, clara, y el barco ardiendo... Tu padre te sostenía a ti... sostenía a tu madre y con la otra mano que se le estaba quemando se tenía del barco para no hundirse...

El ciego cayó de rodillas con las manos juntas y Fernanda y Alvaro le imitaron...

—Padre nuestro...—murmuró Fernanda, que no sabía orar.

—Padre nuestro...—respondió aquel ateo de Alvaro Fuentes que se burlaba de Dios.

Fernanda lloraba. Se abrazó a su padre y quedó con la cabeza escondida en su pecho, largo rato.

El barco se había detenido y los guinches trabajaban con un insoportable ruido.

Cenaron. Fernanda quiso que Alvaro la llevase a caminar por la cubierta.

Una luna enorme asomaba su cara llena entre los árboles.

—¡Ah!, si alguien me amara.

—Todos te aman—murmuró Alvaro—yo... tu padre...

—Quiero un amor de hombre—dijo ella y le miró con una mirada que era un reto. Quiero un amor potente, único, quiero que alguien me proteja...

Se apretó contra el cuerpo de Alvaro. El sentía aquel cuerpo joven ceñido a su cuerpo y experimentaba una viva inquietud carnal.

Entonces ella se plantó frente a él, con los ojos relampagueantes de atrevimiento, con la mirada turbia de deseo y le dijo, roncamente:

—Alvaro, te amo... te deseo... no me dejes agostar en esta espera... quiero ser tuya...

Dijo las últimas palabras, desfalleciente y rompió

a llorar con un llanto que sacudía su seno joven y henchido...

Entonces Alvaro Fuentes la envolvió con sus fuertes brazos y su boca triste y pálida buscó la boca fresca y jugosa, toda salada de lágrimas. Fué un beso largo, quemante, que hizo que ella palideciera ligeramente y tuviera que apoyarse en la barandilla de la cubierta para no caer.

—Te he amado tanto... te he amado tanto... —musitó ella. Y ahora le tuteaba.

—En ti amo a tu madre—dijo él quedamente.

En la noche, que se iba haciendo clara a medida que la luna ascendía, sus ojos habían adquirido la extraña fosforescencia del deseo.

Un aroma de plantas silvestres y de tierra mojada llegaba de la ribera. Un aroma fuerte, salvaje, que embriagaba los sentidos. Un pájaro nocturno dió por tres veces un chillido agudo.

Fernanda le arrastró hasta su camarote, como una alucinada. Lo apresó entre sus mórbidos brazos, le besó en la boca, llena de una ansiedad incontenida, de una ansiedad que había frenado durante largos años y que ahora desataba en toda su magnífica furia.

—Júrame que me amas, que me amarás siempre...

El respondió apenas:

—Sí; lo juro.

—Ven...—murmuró ella y su voz era cálida y espesa. El tendió sus brazos, trémulas las manos. Una ola de sangre le enturbió la pupila. En ese instante oyeron el golpeteo de la vara del ciego. La puerta se abrió; Alvaro se retiró al fondo del compartimento.

—Fernanda—preguntó el ciego—¿estás aquí?

—Sí, papá,—respondió ella.

—¿Qué tienes? ¿Lloras?

—No, papá.

—Tienes la voz ronca, Fernanda... temblorosa...

Se hizo una larga pausa. El ciego preguntó:

—¿Estás sola?

—Sola, padre, sola... lo juro...

—¿Por qué juras? No hay necesidad. Llévame a mi cabina. ¿Dónde andará Alvaro?

Cuando Fernanda volvió de acompañar a su padre, encontró a Alvaro en el corredor.

Lívida, con un temblor nervioso que recorría su cuerpo, preguntó:

—¿Te vas?

—Sí,—dijo él serenamente—me voy.

—Entonces... ¿no me amas?

—Sí, te amo... espera... espera... no seas tan... tan apasionada.

La llevó hasta su camarote, la empujó suavemen-

te, y cuando ella estuvo dentro, él mismo cerró la puerta.

Al día siguiente cuando Fernanda se levantó, su corazón impulsaba nueva sangre. Sus ojos eran nuevos. Todo era bello. El sol brillaba dulcemente. Ella rebosaba de alegría. Se puso a tararear la "Canción de los marineros del Volga", que Alvaro le había enseñado.

¡Estaba tan contenta! ¡Era tanta su dicha! El había dicho: "Sí, te amo"... "Sí, te amo". Era como una música que resonase en sus oídos: "Sí, te amo"... "Sí, te amo"...

Aquel hombre cansado de ver, de andar, de amar quizás, ahora la amaba.

Había sabido rasguñar con sus minúsculas uñas rosadas, el corazón misterioso de ese hombre extraño. El la había dicho: "Sí, te amo", y la había besado...

Bajó al salón comedor con el rostro transfigurado por la dicha. Recorrió con la vista las mesas hasta divisar a su padre y a Alvaro y fué hacia ellos alegremente.

—Buenos días—dijo con una voz clara que hizo volver la cabeza a algunos pasajeros.

Le sirvieron el desayuno. Miró a su padre y exclamó:

—¡Estás triste, papito!

—No, no, Fernanda.

Ella no había aun posado sus ojos en los de Alvaro. Una angustia oprimente se lo impedía. ¿Y si todo lo de la noche anterior fuese un sueño? ¿Y si ahora?... ¡Ah! Dios mío...

Tuvo un vago presentimiento que derrumbó en un instante sus ilusiones.

Con extremada prudencia, Alvaro le alcanzó una carta. Tenía el rostro demacrado por el insomnio y se adivinaba que había sostenido una gran lucha interior... y que había triunfado.

Había en sus ojos una profunda calma.

Fernanda se fué con la carta a la cubierta. Leyó ávidamente:

Querida María Fernanda:

Anoche me hiciste jurar que te amaba. Tú me pediste que dijera que sí y yo dije que sí. Pero ahora debo volver sobre ese SI y debo decirte NO. Te diré porque: me has pedido que te haga mía. Yo no sé si tú has pensado que luego de eso tendríamos que casarnos. Quizás fuera porque me anunciaras un hijo, y yo... no sirvo para casarme. Te haría desdichada.

Este es un motivo. El segundo sería mi pobreza. La misma falta de compromiso económico ya es un grave inconveniente para mí.

Pero además de todo esto, hay otro motivo, que he dejado para lo último en esta carta, y que tal vez sea el más poderoso de todos.

Tú eres la hija de mi amigo. Tu pobrecito padre ciego te habrá referido de dónde surge nuestra amistad; qué lazos comunes nos unieron. Yo te he querido siempre. Te quise a través de él y por él hasta que volví a verte mujer. Entonces te amé como mujer. Pero tu pobre padre te ama como lo único que tiene sobre la tierra. Tú eres y debes ser el amor para él. El confía plenamente en tu amor y yo sé lo que significa eso para Nicolás. Piensa ahora, si todo se derrumbara nuevamente, como cuando perdió a tu madre; si le negaras tu apoyo, sino quisieras sostenerlo aún...

En resumen: eso quizás representaría la muerte para tu pobre padre. No se resignaría a la idea de que tú me quieres más.

Y ahora ¿con qué tranquilidad de conciencia podría yo aceptar de ti el amor y la alegría, sabiendo que todo eso lo robo a mi amigo? Yo estuve a punto de robarle el amor de tu madre; ¿podría ahora robarle tu amor? Francamente, no puedo; si lo hiciera tengo la seguridad de que me sentiría eternamente reprochado.

Por todos estos motivos, querida María Fernanda, debo decirte que NO.

Reflexiona lo que te he dicho y no te dejes llevar por el primer impulso. Compréndeme y justifícame; lo mismo seré tu cariñoso amigo, como hasta ahora.

Alvaro.

Fernanda terminó de leer esta carta, sin un gesto, impasible ante la derrota. Se dirigió lentamente hacia su camarote, sacó papel y sobres de su valija y se pusò a escribir rápidamente estas líneas:

Señor Julio Enríquez.

Mi viejo amigo:

En una ocasión le dije que aguardara hasta agosto mi respuesta respecto a su proposición de casamiento.

No niego que eso fué una broma de mal gusto; pero en compensación, le comunico que mi respuesta será favorable al logro de sus aspiraciones.

Cuando estemos de vuelta, usted puede pedir mi mano a papá.

Su amiga

Fernanda.

Un aire frío le besó la nuca. Volvió a leer la carta de Alvaro y llorando la rompió en menudos trozos, mientras balbucía:

—¡Cobardes... más que cobardes!

LAS NOVIAS

ESA noche María Teresa le aguardaba en la puerta de calle.

—No entremos, — le dijo esquivando su amorosa mirada. — Mamá está algo indispuesta...

—¿Y usted? — interrogó él ansiosamente. — ¿Qué tiene? Me parece que está seria.

María Teresa no respondió. Su vista estaba fija en los árboles que ensombrecían la calle silenciosa.

Julio la había conocido en el Salón de Bellas Artes. Se miraron. El la había envuelto en una cálida mirada; ella había desviado su vista.

Cuando María Teresa volvió a observarlo le halló todavía devorándola con los ojos. Después de algún tiempo le presentaron.

—Yo lo he visto a usted en alguna parte — dijo ella.

—Sí, — murmuró apenas Julio. — Ya nos conocemos.

Le embargaba una inmensa felicidad, una felicidad de lágrimas, viendo como ella volcaba sobre él la caricia de sus serenos ojos.

Se vieron uno y otro domingo.

El la esperaba en Palermo, en el camino bordeado de enormes eucaliptus.

Pasaban la tarde caminando lentamente, hablando de mil cosas risueñas. Los días eran claros, serenos. Del parque se levantaba un murmullo musical que era un concierto de pájaros, de hojas nuevas que se acariciaban y de agua que cantaba.

Sutiles perfumes llegaban en el leve aire que combaba los tiernos tallos. En la tierra palpitante se sospechaba la marcha trabajosa del insecto oculto por la hierba fresca y húmeda. Se atesoraba tanta ternura que la planta del pie quería ser leve para no dañar la pobrecita hierba.

María Teresa se quitaba el sombrero que era de alas anchas, cubiertas de amapolas, y así el aire ondulaba sus cabellos negros y brillantes. Entonces Julio le hablaba de su vida monótona, vacía, sin entusiasmos, sin idealidades. Le hablaba de sus sufrimientos, de cómo había aprendido a ser humilde, a amar humildemente, sin exigencias, sin derechos...

—Usted es un hombre triste — le decía ella.

—No — le respondía Julio. — Mi alegría es más

grande que la de los otros. Nace de mi sufrimiento. Amo la vida aun en la desgracia.

Y un día de esos él le confesó su amor.

—Cuando estoy a su lado pienso en la inmensa felicidad de haberla encontrado, de haber merecido su amistad, de conquistar, tal vez... tal vez...

Súbitamente enmudeció. La miró con las pupilas húmedas de lágrimas. Trémulos los labios quiso agregar unas palabras; pero no pudo. La emoción le ahogaba.

Una mano de ella aprisionó su mano. Temblaba. El ya no tuvo necesidad de decir nada. Vió el arco iris en las lágrimas que mojaban sus pestañas.

Cuando llegó a su casa, en su alcoba, desde donde oía el trajinar de las gentes de la casa, los gritos de los niños y la voz de los vendedores ambulantes, lleno del recuerdo luminoso de su María Teresa, había escrito esta carta:

Querido Elías:

Es necesario que te cuente. Te había ocultado este amor que me colmaba el pecho; pero ahora que todo está hecho, tengo necesidad de confiártelo.

Yo estaba solo; tenía el corazón oprimido. En las largas noches de vigilia forzada me sentía aplastado por esa vida sin objeto que he llevado.

Cavilaba y era un deplorable espectáculo mi pa-

sado. Y ahora, cuando ya iba a cruzar mis brazos, cansado de aguardar en vano, viene el amor.

Todo ha cambiado en mí; ya son otros los latidos de mi corazón y cuando los siento en las noches claras de este amor, me parecen un redoble alegre de diminutos atambores que anunciaran a los vientos mi felicidad.

Y he reído porque una araña no ha podido atrapar una mosca, a pesar de su astucia y cuidado, y he besado al chico de la encargada, ese que siempre tiene la naricita sucia.

Soy el amigo de las cosas pequeñas y humildes. Estoy ebrio de una embriaguez que me hace manso y débil, como un cordero en sus manos, que son tibias, como el hueco de un nido; créemelo.

Y he llorado; — no te rías de mí — he llorado sin motivo.

Julio.

Después de algún tiempo de este amor, esa noche, él tuvo como un vago presentimiento de desdicha.

—Está usted tan seria — repitió.

Pero ella guardaba un obstinado silencio. A él le pareció oir como urgían sus dientecillos.

Cuando ella habló, él hubiera querido interrum-

pirla, ahogar esa vocecita temblona que iba a anunciarle su vuelta a la oscuridad.

—Tengo que hablarle, Julio, de algo serio...

El rostro de él oscureció.

—A usted, Julio — prosiguió María Teresa — no le será muy duro...

El sonreía ahora. Su boca parecía una herida.

—Este amor nuestro....

—Lo sé... — le interrumpió él con una voz sibilante.

Entonces se miraron conmovidos. María Teresa le tendió un pequeño envoltorio. Lloraba. Julio se irguió de pronto, y le tomó una mano.

—No llore, — le dijo, — no me tenga lástima.

Y su voz era espesa y triste.

—Adiós — susurró. — Adiós, María Teresa, — y agregó: — Que sea muy feliz.

Se alejó sin mirarla, sintiendo sobre sus espaldas doloridas, su mirada entre compasiva y angustiada.

La luna, grande y blanca, navegaba silenciosamente.

Cuando estuvo en su casa, cuando puso bajo la lámpara el pequeño envoltorio desliado, una enorme congoja le atenazó la garganta, y su boca se contrajo en un rictus doloroso.

Una a una releyó las cartas que le había enviado en otro tiempo.

"La amo con el corazón — decía en una — ¡cómo sabría llorar dulce a su lado!"

Apartó ese montoncito de papeles que hablaban de su amor fracasado y escribió a su amigo.

Le habló de su derrota, del derrumbe de su vida, de todos los caminos que se habían cerrado, así de pronto, ante su vista. Y las lágrimas que rodaban por sus mejillas caían sobre la carilla destinada al amigo.

Esto fué lo que contestó el amigo:

Querido Julio:

Acepta lo que te ocurre como una fatalidad. *La vida misma, llena de ignominia, es una* fatalidad *y el hombre no puede hacer nada contra ella.*

¡Así, pues, paciencia! Pasará este año y olvidarás la desdicha de este año.

No te asombre, pues, que como un viejo, te aconseje paciencia y resignación.

Tiene una condición buena este fenómeno de la vida, y es que las circunstancias y los momentos no son nada más que circunstancias y momentos. Pasan como tales definitivamente para dar lugar a otros momentos y circunstancias.

El mal de hoy se va; el bien de hoy se va; y vienen otros bienes y otros males... Y así hasta que Dios quiera...

Tuyo *Elías.*

Y una mañana, una espléndida mañana de sol, el amigo entró en la habitación de Julio.

Se estrecharon las manos cordialmente.

—¡Tan perdido! — le reconvino Elías.

—Sí — dijo Julio. — Salgo apenas y no me hallo bien en compañía. ¡No te asombre! Ya no volveré a ser el mismo.

El amigo le palmeó la espalda sonriendo:

—Sanarás de esa herida y otra se abrirá en lugar de esta. Todo pasa...

—¡Oh! — protestó él — yo no soy como la generalidad de las gentes. Esas frases hechas no son para mi consuelo.

Salieron a tomar el sol que se recostaba a lo largo de los muros húmedos. Y conversaron.

—¿Sabes? Tengo predilección por las muchachas pobres — dijo Elías.

—Yo ya he perdido el interés por todas.

El continuó sin escucharle:

—En el arrabal, en los barrios pobres, cuando suena el pito de la fábrica, se queda uno extasiado ante tanta belleza y tanta gracia...

—Tengo una novia; — agregó. — A veces me entran deseos de confesarle que la dejaré algún día, porque yo no soy hombre de casarme. Pero la quiero, la quiero...

—Puedes hacer eso, — le dijo Julio, — puedes

divertirte; pero yo, yo soy muy apasionado, yo no puedo querer por pasatiempo. Cuando amo, lo hago de una...

Enmudeció de pronto como si una mano férrea le hubiese clavado los dedos en la garganta. Una terrible palidez se extendió sobre su semblante desencajado.

Por la vereda opuesta venía María Teresa, del brazo de otro. Ella no pudo reprimir su contrariedad. Retiró el brazo que había dado a su compañero y cuando estuvieron uno frente del otro, ella le miró en los ojos con visible pesadumbre, dispuesta a responder a un saludo que no llegó.

—¿Quieres conocer a mi novia? — le había preguntado Elías.

—No, — había sido su respuesta.

—Yo no me ofendo por eso; — insistió el amigo riendo, — y conocerás a mi novia.

Y le llevó de mala gana, por esas calles sucias del arrabal.

Se percibía un fuerte olor a frito, a tabaco, a cuero...

Una turba de chiquillos descalzos, andrajosos ocupaban las veredas con sus juegos.

En las puertas se veían mujeres desgreñadas, parlanchinas, con sus vástagos en los brazos.

Llegaron frente a un edificio cuadrado, chato. Se olía a tabaco. Allí se detuvieron hasta que un pito sonó estridentemente.

Por la puerta principal salieron en bandada las muchachas de la fábrica.

—Ahí viene, — dijo Elías.

Y una de ellas cruzó la calzada, toda sonriente.

—Creí que ya no vendría más, — exclamó, tendiéndole la mano.

—¡Oh! eso no podría ser... — objetó él sin mayor convicción.

Cuando Elías presentó a su amigo, ella le saludó con gusto, afectuosamente.

Julio estrechó con fuerza esa mano de obrera y sintió que su corazón se colmaba de simpatía ante aquella muchacha humilde y bella.

Caminaron unas cuadras. Julio quiso retirarse; pero ellos no lo consintieron.

—¿Por qué quiere irse? — dijo ella. — Mi novio no es hombre de secretos.

Y se prendió familiarmente de su brazo.

—¿Cuando usted está con su novia, no soporta a los amigos?

El respondió:

—No tengo novia.

Y Elías sonriente:

—¡Amores contrariados!

—¡Oh! no vale la pena — exclamó ella, — mañana o pasado mañana volverá a enamorarse.

—Creo que no, — dijo él.

Habían llegado frente a una casita de zinc, de dos pisos. El techo era de color rojo. Un pequeño balconcito lleno de enredaderas, prestaba al frente humilde de la casa un aspecto risueño.

—En esa pieza, que tiene balcón, vivo, — dijo ella.

Se separaron amistosamente.

—Hasta mañana. ¡Adiós, amigo!

Cruzó la calle y entró en la casa.

—¿Qué te parece? — preguntó Elías.

—¡Oh! es maravilloso. Parece tan buena, tan amable, tan humilde... No debes abandonarla.

Y hablaba vehementemente, con calor, mientras andaban por esos barrios humildes de la Boca.

Elías sonreía vagamente.

Un día ocurrió algo imprevisto.

Habían resuelto encontrarse frente a la fábrica donde trabajaba Susana.

De allí irían a comer juntos. Pero desde temprano empezó a llover furiosamente. Al atardecer seguía lloviendo. Soplaba un viento frío, cortante,, huracanado. Cuando Julio subió al tranvía, el guarda le advirtió:

—¡Hasta Martín García, señor! ¡Está todo inundado!

El Riachuelo había desbordado. Las calles estaban totalmente cubiertas por las aguas. La lluvia no amainaba.

Las gentes cruzaban las calles en toda suerte de vehículos. Pero la inundación no alcanzaba al barrio de la fábrica, y Julio pudo llegar hasta el lugar sin contratiempos.

Elías no estaba allí. Se guareció en un portal, temblando de frío.

Pasaron los instantes, silbó el pito de salida, pero Elías no vino. Cuando salió Susana, Julio se adelantó a saludarla.

—¡Pero, cómo se atrevió a venir con este tiempo!

—Ya ve usted. Yo no le hago caso al mal tiempo.

—En cambio, Elías — dijo ella suspirando.

—Quizás se ha retrasado.

—¡Oh! no. No viene. ¡Ah! Qué día horrible. Por el lado de casa está todo inundado. No debí haber venido a trabajar. ¡Ah! Cómo me alegro de que usted haya venido. Me da un miedo de ir sola por estas calles. Ahora usted me acompañará ¿verdad?

—¿Cómo puede suponer lo contrario?

Mientras ella abría su paraguas, Julio la estuvo observando. ¡Qué hermosa era! El cabello mojado

y despeinado le daba un airecillo picaresco. Por sus mejillas lisas, resbalaban unas gotitas de lluvia.

Julio se sentía lleno de una ternura insospechada por la novia de su amigo.

Echaron a andar, con el paraguas, inclinado hacia adelante para hacer frente al ventarrón.

—Por Dios, no haga cumplidos, que se va a mojar; acérquese — le dijo Susana.

Iban muy juntos, debajo del paraguas, que era para ellos como una casa. Cuando se hablaban, se sonreían, con las bocas húmedas, anhelantes de materializar todo lo que ardía en sus corazones.

Ella notó que él andaba con dificultad al lado suyo, que tropezaba a veces y que los picos del paraguas goteaban sobre su espalda, y le dijo:

—Llévemе del brazo, Julio. Se está mojando.

El tomó su brazo suavemente; pero ella se había turbado y él comprendió. Por su parte, Julio, la ayudó a llevar el paraguas, y sus manos se encontraron en el mango, cuando el viento quería arrebatarles aquella débil protección.

Pero él estaba triste, ahora. Sabía que no le sería difícil hacerse amar por aquella dulce criatura que no era de él. Estaba pleno de una tristeza que le abrillantaba la pupila. Por aquellos ojos que no debía besar; por aquellas manos de obrera que no

debía acariciar; por toda su figura hermosa, humilde, y por su bondad que no debían ser suyas.

¡Ah! esa quizás hubiese sido la novia ideal para él.

—¿En qué piensa? — le preguntó Susana.

—Estoy un poco triste — contestó.

—¿Por qué?

—Porque usted tiene novio.

Ella lo miró con una mirada de reproche.

—Perdóneme, — murmuró Julio.

Y no se dijeron nada más.

Se había hecho la noche. Cuando llegaron a la calle Patricios, ella dijo:

—No es justo de que usted se moje. Ahora puedo ir sola. Son pocas cuadras.

—¡Oh! — protestó él — la acompañaré a pesar de todo.

El agua llegaba hasta el umbral de las casas. Pasaban carros llenos de gente que regresaba a su casa. La inundación daba un aspecto triste a las calles. Se oía la campana del carro de auxilio de los bomberos.

Y llovía persistentemente.

—¿Quiere que tomemos un coche?—preguntó él.

—No, no. Prefiero mojarme. No es lejos, por suerte. Pero usted, usted no debe venir...

El no replicó. Vacilaron un instante; luego, decididamente entraron en el agua.

Julio la llevaba del brazo y andaban lentamente, por temor de pisar en falso. Susana temblaba de frío.

A medida que adelantaban por la lóbrega calle era mayor la inundación.

El agua entraba en las casas y podía verse por las ventanas como en la familia, a la luz de una vela, aguardaban el regreso del padre, subidos sobre las camas o las mesas.

Iban así, mansos y buenos, por el agua. Julio la preguntó si quería su saco para abrigarse, y ella respondió:

—¿Está loco usted, hoy?

—Sí — dijo él, — loco de amor.

Pero ahora ella andaba con temor, y el frío la hacía castañetear los dientes.

El agua era aún más alta en ese lugar. Cuando Susana sintió el agua en las rodillas, no pudo reprimir un estremecimiento.

El se detuvo, miró todo a lo largo de la calle negra, y de pronto, la tomó en sus brazos y echó a andar con la querida carga.

Susana le dejó hacer. Estaba extenuada; sentía frío, un frío mordiente que le producía un vago malestar.

Silenciosamente el agua seguía invadiendo las calles. La lluvia caía sobre ellos con lentitud. Susana

sentía sobre su rostro el aliento quemante de Julio. Le pareció que él trataba de alzarla más para acercar la cara a la suya, y cuando presintió que él iba a besarla, le recibió con la boca dispuesta, pronta para aprisionar la larga caricia que él le dedicaba.

Uno de sus brazos rodeó su cuello. Cerró los ojos. Lo atrajo aún varias veces buscando sus labios nerviosos, de bozo áspero, afeitado. Después sintió como un soplo helado en su corazón. El lloraba, ¿lloraba?, sí, lloraba. Susana sentía caer sus lágrimas calientes sobre sus mejillas, con las gotas heladas de la lluvia.

—¿Por qué llora? — le preguntó.

El la colocó con mucho cuidado en el vano de una puerta de altos escalones. El agua lamía los zapatos de Susana.

—¿Por qué llora? — repitió.

—No lo sé... No lo sé... lloro... lloro.... es algo que me da una gran tristeza... nada más... nada más...

Por la esquina pasó un carro de auxilio. Los caballos chapoteaban en el agua negra. Una o dos veces sonó la campana de aviso, con un sonido claro y frío. Los hachones encendidos hacían un reflejo amarillento sobre el agua.

—¿Le parece poco — dijo él — que yo no pueda

tener una novia? ¿No se puede ser feliz sino a costa de un sacrificio? — continuó como si se lo preguntara a sí mismo. — Yo sé que la amo, si lo sé... lo sé... estoy seguro... y usted... también me quiere... me quiere, sí... ¿no es cierto? Diga la verdad, ¿no es cierto que usted me quiere? Quizás fuéramos felices; mejor dicho, no, ya no podríamos ser completamente felices. Es usted la novia de Elías, la novia de mi amigo... Para amarla debo sacrificar a mi amigo. Perderé su amistad. Descenderé en mi propio concepto. Me sabré desleal... Es la desgracia, Susana, de no ser como los otros que pasan sobre todas estas cosas sin preocupaciones...

Las palabras fluían de su boca oscura con una lentitud desesperante. En momentos parecía que iba a prorrumpir en un alarido ronco para pronunciar una sílaba que se enroscaba en su garganta como un reptil.

Del interior de la casa llegaba hasta ellos el llanto de un niño. La lluvia seguía cayendo insistentemente. Ella estaba muda, blanca, con un gesto de cansancio en la boca que él había besado. Su cabello mojado se aplastaba sobre las sienes. Era realmente hermosa en su tristeza. Con una voz opaca, dijo:

—¡Adiós! y sin mirarlo, se recogió un poco la falda y entró en el agua con temor.

Apoyándose en la pared, caminando lenta, cuidadosamente, llegó a la casucha, y entró.

Cuando Julio la vió desaparecer, quedó un instante mirando el agua que invadía las calles, y emprendió el regreso aterido de frío.

La tercera mujer que conoció se llamaba Pura.

Se había refugiado en los lugares donde se hacía música. La música ejercía sobre él una benéfica influencia. Le serenaba, le aquietaba, le llenaba de sosiego y le inclinaba hacia la resignación.

Elegía los rincones aislados en los teatros y escuchaba los conciertos con religioso recogimiento.

Se sentía dichoso de poder olvidar sus pequeños dolores de todos los días, ante el dolor profundo que destilaban las obras de Beethoven, por ejemplo, o la melancolía de Chopin.

¡Comprendía, ahora, el gemido de los violines! La dulzura del piano que suena sus notas como gotas que caen y el murmurio quejumbroso del violoncello!

En la semipenumbra de la sala, entre todos aquellos rostros finos y melancólicos de los concurrentes a los conciertos, Julio había visto unos ojos grandes que le buscaban con simpatía. Era una mujercita pálida, hermosa, vestida de negro. Tosía de cuando en cuando, con una tocesita seca que mo-

lestaba a los vecinos. Ella misma se sentía molesta cuando tosía, rompiendo el encanto de algún pasaje lírico. Y volvía sus ojos bondadosos como pidiendo perdón.

Una tarde, en un concierto de Risler, la casualidad le deparó una butaca vecina a la de esa mujer hermosa que tanto le miraba.

Se saludaron, al pronto; se miraron luego, un poco cohibidos; pero la música purifica, hermana, acerca. Y después que oyeron la primera pieza, se hablaron sin turbación.

Cuando ella hablaba sonreía sin poder remediarlo. Era más bien alta, esbelta, de ojos grandes, azulados, tristes.

Se llamaba Pura. Siempre lo había mirado con simpatía. ¿Por qué lo iba a ocultar? Cuando entraba a la sala lo primero que hacía era mirar si estaba él. Si alguna de las composiciones le producía más emoción que las otras, le buscaba en seguida con la mirada y le sonreía para que compartiese su felicidad. Le parecía que era un excelente muchacho, triste como ella. ¿Que por qué estaba triste? ¡Bah! ¡qué pregunta! ¡Se sufren tantas decepciones, tantas amarguras! El también tenía cara de haber sufrido mucho! ¿Era así? ¿Desilusiones? Lo mismo que ella. Por amar verdaderamente; porque ella no podía amar sino verdaderamente. ¡Era tan

sensible! ¡Tenía tanta ternura que no sabía en quien depositar!

Hablaba quedamente, inclinada sobre él, para no molestar a los oyentes.

La música los acariciaba con suavidades de alas. La mano de ella resbalando de su falda, cayó sobre su mano.

—¡Amigo, amigo! — la oyó murmurar. La miró atónito, con un gesto de incredulidad pintado en su semblante incapaz de comprender cómo, de pronto, cuando ya se había resignado a ser un fracasado, su corazón iba a revivir.

Entonces ella le dijo con una dolorosa audacia:

—Si es usted como yo le he imaginado, un decepcionado, un fracasado, un hombre que no ha tenido motivos de alegrías, que no ha conquistado mujeres, que sufre; si vive usted sin un cariño y es usted amante y cariñoso; sea usted mi amigo... —Empezó a toser. Algunas caras se volvieron a mirarla con un gesto de fastidio. — Si es usted así — agregó ella fatigada — sea usted mi amigo... más que mi amigo...

Y tornó a toser. Julio no pudo responder, la miró con los ojos húmedos, brillantes, radiante de una felicidad nueva que le colmaba el corazón, y estrechó suavemente la mano que tenía entre las suyas.

Salieron juntos del concierto. Anduvieron por unas calles limpias, tranquilas y frescas. Unas calles burguesas: Arroyo, Quintana, Parera, Guido. El se había hecho locuaz y la hacía reir con sus ocurrencias. Se le ocurrían unas cosas divertidas. Por ejemplo, a un señor muy serio que pasó enfundado en un traje negro, llevando el sombrero en la mano, y ostentando una reluciente calva, le había llamado "claro de luna".

Ella se había reído de la ocurrencia y había tornado a toser.

Después, con palabras vehementes, él le dijo todo lo que la amaría, todo lo que ella representaba para él, en un momento en que se hundía en el fracaso. Sería su siervo, su humilde siervo, no viviría sino para ella, a cambio de que ella le quisiese un poco y no le fuera a abandonar.

Y Pura sonreía melancólicamente.

Entonces ¿él no había oído que era ella la que le pedía su amistad? ¿No adivinaba que le amaba? Si era ella la que se había enamorado de él y la que le rogaba que la quisiese.

Se había hecho de noche. Una estrella y otra estrella y otra más pequeñita y titilante brillaban sobre sus cabezas.

—Hasta mañana, Pura.

—Hasta mañana, Julio.

El quiso besarla una manita; pero ella se le arrimó y le besó en los labios, tímidamente.

—¿Está usted ocupado? — le pregunta su vecina Isabel, entreabriendo la puerta.

—No — le responde Julio, — estaba escribiendo una carta.

—Yo le traía este plato de pasteles, que hice hoy — dice la muchacha.

Entonces él deja de escribir y se adelanta a recibir el plato que la vecina le alcanza, cuidadosamente envuelto en una servilleta.

—Muchas gracias — le dice, y pronuncia estas sencillas palabras con tanto gusto que la muchacha sonríe satisfecha.

Un canario gorjea cristalinamente. El sol hace grandes manchones en el suelo y en la pared de la pieza. Por la ventana abierta entra un airecillo tibio, acariciante.

Esta muchacha Isabel, ha llegado a la casa hace dos meses, y ya todos los vecinos la quieren. Vive sola; es huérfana. Sus ojos grandes y tristes trasuntan algo de su almita bondadosa. Toda ella respira bondad. Es costurera. El trabajo no la arredra. Cose infatigablemente y canta. Cuando prepara alguna golosina, no deja de invitar a sus vecinos y a los chicos. Se ha convertido en poco tiempo en

la reina de los chicos. Los lava, los peina, les arregla la ropita y luego se pone a jugar con ellos del mejor humor.

"Yo soy la viudita
Del barrio del rey"

—canta con una vocecita agradable. Muchas veces, Julio, la oye cantar, y ese canto le distrae un instante y le llena de melancolía.

"Me quiero casar
Y no sé con quien".

—dice la vocecita, mientras Julio piensa en su amada Pura.

Ahora la vecinita está en la puerta, un poco ruborizada porque Julio le dice:

—¿Por qué se toma tanta molestia?

—¿Molestia? Nada de eso... — responde ella. — ¡Entre vecinos!...

Mira un momento las paredes, mira los objetos que hay sobre la mesa, y dice:

—Se ha vuelto usted más ordenado.

—Sí — responde él — tengo mis motivos.

—El motivo — replica ella riendo y escapando — es un diablillo con polleras.

Julio sonríe y vuelve a su carta.

"Querido Elías:

Tenías razón cuando me decías que todo pasa, que la vida no es sino una sucesión de circunstancias. Pero, como se dijo Azorín: "Las cosas bellas debían ser eternas"... Entonces yo viviría la belleza de este tranquilo amor que siento.

Ahora, mi amigo, sé lo que es amar. Sin desesperación, sin lamentos, con un amor grande, sereno.

Yo no creí que fuera a enamorarme, después de mi cruel fracaso; pero la vida me ha enseñado a olvidar y hoy me alegro de haber sufrido tanto como sufrí. La vida me ha resarcido de tantas pérdidas, y hoy me recompensa largamente.

¡No podría decirte cuánto amo y de qué modo soy correspondido! Lo cierto es que mi felicidad no puede ser mayor.

Dentro de muy poco tiempo me iré a vivir con Pura a una villa, de esas villas suburbanas, con árboles, con chalets y jardines...

He soñado en una casita como esas que aparecen en las ilustraciones de los cuentos de hadas y en un jardincito minúsculo; con pequeñas plantitas, con arbolitos enanos... Un verdadero nidito, donde meteré como en un estuche, esta joyita mía que me adora.

El aire la sentará bien y hará desaparecer esa palidez que tiene, de vivir en la ciudad. Arreglará sus plantitas y cantará. Cantando dejará de toser. Y yo viviré en esta enorme felicidad que me anonada.

Tu dichoso amigo. Julio.

Se veían todos los días. Se cogían del brazo y recorrían las calles más silenciosas.

Se hablaban palpitantes de un amor divino que iban a gozar eternamente. Se juraban un amor que les hacía llorar, temblar, enmudecer, emocionados, asombrados de tanta ternura, de tanto amor.

Y él no veía como ella iba enflaqueciendo. como sus manos se hacían largas y afinadas, como sus ojos ardían afiebrados en los cuencos azulosos.

Cuando él la besaba ella desfallecía. A veces lloraba silenciosamente, después que él renovaba su juramento de amor.

—¿Por qué llora, Pura? No me martirice, ¿es acaso que usted no está segura de quererme?

—No, eso no, — respondía apenas.

—¿Pensará que yo no la amo?

—No, no. Yo misma no lo sé... soy tan dichosa... que... que me parece que es mucha felicidad...

Y había empezado a toser.

EPILOGO

Hermano Elías:

No trates de consolarme. Pura ha muerto, ha muerto. ¿De qué habría de consolarme? ¿De qué? Pura ha muerto. Todo ha muerto. ¿Entiendes? Todo ha muerto.

¿Que lloro y no salgo de mi pieza? ¿Para qué he de salir? Para ver como los otros caminan; para oir como los otros hablan, para oir como los otros rien, sin saber que mi Pura ha muerto?

¡Ah! Yo no podré nunca comprarme un traje de luto como hacen todos y llorar a ratos solamente la ausencia del ser que más amé. Yo tendría que internarme en una selva inextricable para llorar a gritos ante los animales y ante Dios. Yo tendría que quedar ciego... tendría que volverme loco...

El miedo que tengo es de olvidar algún día que

Pura ha muerto y que a ella amé para no volver a amar.

Tengo miedo, tengo un enorme miedo de que alguna mujer la substituya y que ocupe su lugar en mi memoria. No quiero ver, no quiero oir a ninguno. Quiero vivir lleno de su recuerdo. Si me escribes, dime como te habían parecido sus ojos azules que ya no ven, como era de triste la perenne sonrisa que entreabría su boca que ya no besará, como eran de pálidas y finas sus manitas que están inertes...

Dime que ya no volveré a sentir su voz que era como una caricia y que el calor de su cuerpo ceñido al mío, mientras andábamos del brazo, ya no será...

Háblame de ella, porque quiero vivir de su recuerdo. Y tengo un enorme miedo de olvidarla, de olvidarme que yo la amaba y que se ha muerto. A los veinticinco años se olvida fácilmente — me han dicho. — Y tengo miedo de olvidarme porque la muchacha que me ha dicho esto ha llorado conmigo la muerte de mi novia, tiene los ojos como ella, la boca como ella, las manos finas y pálidas como Pura las tenía, la voz grave y cariciosa como la suya, y yo estoy solo y triste, encerrado en mi pieza ante una tarjeta orlada de negro que dice:

La familia de Pura Barrios
Agradecida.

ROSALIA

El que mata a un hombre mata a un hombre. Y el que se suicida mata "a los hombres"; en la medida de sus fuerzas, aniquila el mundo.

G. K. Chesterton.

CUANDO sonaba la campana de alarma, el viejo Matías iba a bajar las barreras, golpeando en el caminito empedrado su pata de palo. Luego, se ponía a agitar la bandera a franjas amarillas y negras de "vía libre".

"El rápido" asomaba en la curva, torciéndose como un gran gusano bajo el sol. El silbido de la locomotora estridía insistentemente, y el tren se iba acercando veloz, llegaba y pasaba con un horrible ruido de hierros y maderas, dejando tras de sí un nubarrón de polvo.

El viejo Matías alzaba las barreras y volvía a la

casucha, junto a la campana de alarma, que estaba colocada en la pared.

Veinte años llevaba ya de guardabarreras. ¡Veinte años! Parece que no fuera así; pero el tiempo vuela. Pasa un día y otro, y cuando uno quiere acordarse ya se celebra la Natividad.

Hacía tres días que habían llevado a enterrar a Francisca. ¡Como si fuera hoy!

—¡Cuidame la chica, Matías! — le había dicho antes de morir.

El mechero de la luz oscilaba. De cuando en cuando la campana anunciaba el paso del tren. Matías iba a bajar las barreras, y volvía luego al lado de su mujer moribunda.

Rosalía había salido en busca del médico.

—Sé que me muero — decía ella con un hilo de voz, — sé que me muero..., Matías, cuídame la chica..., que no vaya a la vía..., acordate de Antonio... Enseñale un oficio a Rosalía. Me voy a morir..., me voy a morir...

Después reclinó su cabeza sobre la almohada y quedó inmóvil. Su cara resplandecía de paz. Un sosiego divino bañaba las cosas. La lámpara ardía dulcemente. Los ruidos que llegaban de afuera eran suavemente amortiguados, como si viniesen desde muy lejos.

Haciendo un esfuerzo, Matías dijo:

—¡Francisca, no te aflijas por la...

Se interrumpió de pronto y se levantó de su asiento para tocarle la frente.

Entonces murmuró, como respondiéndose a sí mismo:

—Esto se acabó.

Y grandes lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas curtidas, enredándose en su bigote canoso.

¡Ah! No hubiera podido encontrar una mujer más buena ni más valiente que aquella; no, no hubiera podido encontrar. Había aguantado la miseria más espantosa y una vida de continuas desgracias. Y nunca se había lamentado. ¡Y qué valor en aquella noche en que él perdió su pierna derecha!

Ya ni recordaba cómo había sido. Estaba un poco borracho. Iba a darle paso al rápido que pitaba desesperadamente, y se aproximó a las vías para hacer más visible el ojo verde del farol que balanceaba en su mano. Después, vió la negra mole de la máquina, que sin saber cómo, se le venía encima, bufando, trepidante, y sintió... no sintió nada..., le pareció que estaba agarrotado por mil ligaduras invisibles y que su mano se hundía en un charco de algo caliente y pastoso, y que la voz de Francisca gritaba desde lejos, a pesar de hallarse a su lado:

—¡Matías! Hombre, ¿qué has hecho?

Y luego la noche negra, sin estrellas, ni nada. Cielo y tierra negros. Ni las luces del cielo, ni las luces de los hombres, las pálidas luces de la tierra. En las tinieblas rumorosas, corrían vertiginosos trenes sin luces.

Matías los oía pasar; pero la campana de alarma no sonaba, ni brillaban a lo lejos, como estrellas, las pupilas de los semáforos.

¿Para qué estaba balanceando en las sombras un farol apagado, si no le verían? Y una voz grave respondía a su pregunta con estas palabras que no venían al caso:

—Es la fiebre. Tiene fiebre muy alta.

Y luego, el amanecer en la sala de un hospital, con la garganta seca, como si fuera a desgarrársele. Abrir los ojos sin moverse, y mirar un techo altísimo, blanco, liso, abovedado. Incorporarse y sentir un agudo dolor, que no se sabe de dónde parte, y palpar, al cabo, bajo los cobertores de la cama, en el lugar de su pierna derecha, solamente un muñón de gasas y de vendas húmedas.

Y aquel continuo clamar:

—¡Agua!, ¡agua!, ¡agua!

¡Pobre Francisca: qué presencia de ánimo! Ella sola atendió la casilla y las barreras mientras él estaba en el hospital, y aun en los primeros tiempos

de su convalecencia, cuando todavía no sabía caminar con su pata de palo.

¡Qué mujer valerosa! La miró a través de sus lágrimas y le pareció que sonreía. Se hubiera dicho que dormía un apacible sueño, soñando en algo que la llenaba de beatitud.

—Parece más joven — pensó Matías. — ¡Quién diría lo mucho que ha sufrido!

Y le vino a las mientes la noche que había muerto Antonio.

Era una noche cerrada y fría. Del lado del este avanzaban unas nubes rojizas, que se hacían visibles en la negrura del cielo.

Como todos los días, un silbido largo, fino, anunció que el tren se acercaba. Se podía oir el fragor de la máquina, y brillaba, parpadeante, el farol de la chimenea.

Una última pitada y el rápido nocturno pasó en un abrir y cerrar de ojos, con gran estruendo, haciendo retemblar las rejas del alcantarillado.

Matías oyó unas confusas voces de alarma y vió unas sombras que se precipitaban sobre las vías.

—¡Otra desgracia! — murmuró.

Francisca y Rosalía aparecieron en la puerta de la casucha. En la obscuridad, el rostro de la madre parecía irradiar una lívida luz. Un temblor recorría su cuerpo. Con un hilo de voz, que se fué ha-

ciendo poderosa a medida que la angustia la poseía, preguntó:

—¿Dónde está Antonio? ¿Dónde está Antonio? ¿Dónde está mi hijo, Virgen Santa?

Y un mismo presentimiento los inmovilizó a los tres. Al fin, ella se decidió, desesperada, a acercarse al grupo de gente que estaba en las vías. Y había vuelto con el hijo muerto cargado en sus brazos.

Ya no lloraba. El dolor había secado sus ojos, que ardían calenturientos, y había extendido sus cejas en un arco de asombro.

No hablaba; andaba de un lado para otro con apresuramiento febril, ocupándose de nimios detalles, como si quisiera aturdirse de trabajo.

Salió y fué a plantarse en medio de las vías, erguida, desafiante, y alzó el puño en dirección a la luz roja del semáforo, que parecía burlarse de su cólera y de su dolor.

Entonces Rosalía había ido a buscarla, llorando ruidosamente.

—¡Mamita, por Dios, véngase adentro! — le había rogado, sollozando.

Y de pronto, incontenibles, habían brotado las lágrimas en los ojos de la madre.

—Llore, mamita, llore que le va a hacer bien — le decía Rosalía.

Y ahora ella también había cerrado sus ojos, sus bellos ojos solícitos de madre.

De repente, Matías se retrepó en su asiento, haciendo crujir su pata de palo, como si le hubiesen dado una punzada en la espalda.

Sonrió con un gesto forzado, y murmuró:

—También me tocará a mí.

Y un miedo, que era como un barreno que le estuviese horadando la espalda, sobre los riñones, le fué ganando el ánimo.

—Es un misterio!

Se pasó la mano por la frente sudorosa.

—Esta gorra — pensó, examinando la que tenía en la mano — se está poniendo vieja.

Y en seguida se le ocurrió pensar:

—Todo se pone viejo... Yo ya estoy viejo... El día que...

La muerta sonreía. El mechero alumbraba ahora escasamente. El silencio se hizo angustioso. Empezó a respirar trabajosamente como si tuviera un peso que le oprimiera el pecho. Un temblor convulsivo le hacía entrechocar los dientes y bailotear los dedos.

En ese instante, la campana dió tres llamadas breves. Era el último tren, el rápido nocturno que pasaba.

Se levantó, se echó un saco sobre las espaldas,

cogió el farol y salió. Cuando llegó a la puerta, se encontró con Rosalía que volvía con el médico.

—Buenas noches...

—Buenas noches...

—¿Cómo sigue la enferma?

—¿La enferma?... La enferma... ya se curó... se curó sola...

La muchacha se precipitó dentro de la casa. El médico la siguió, sin apresurarse, mientras Matías, junto a las vías, balanceaba su farol de luz verde.

Con el sol, la casucha del guarbarreras tenía una vista pintoresca. Las barreras eran blancas y rojas. Se alzaban y bajaban por medio de una cadena, que Matías había forrado de arpillera para que no lastimase las manos.

Junto a las barreras había un molinete, por donde pasaba la gente. Junto al molinete, Matías había construído, para guarecerse de la lluvia, una especie de garita con latas viejas, que ostentaban, en variados colores, rótulos comerciales. Luego había un caminillo de ladrillo, de carbonilla y de arena, que llegaba hasta la puerta de la casucha, que era de madera, pintada de gris, con el mismo color de los vagones de carga.

Un vagón desmontado era la siguiente pieza. So-

bre todas estas maderas grises florecían con furia una pasionaria y una capuchina.

Era aquello un derroche de hojas y de flores, que tapizaban el techo y las paredes y se colaban por las ventanillas humildes de la casa.

Graciosas guías de capuchina pendían del techo, enruladas, finas, con mil cartuchos que se desenroscaban parsimoniosamente al ser acariciados por el sol.

En el fondo de la casa había una vieja higuera, retorcida y nudosa. Una cabra de pelambre amarillento miraba con ojos nostalgiosos las anchas hojas del árbol.

Aquella triste mañana que Francisca no pudo ver, la cabra se puso a balar lastimosamente.

Matías dijo:

—La cabra busca a su patrona, y no sabe que ya se ha ido.

Y volviéndose a Romualdo, el novio de Rosalía, que había llegado hacía un instante, comenzó a decir:

—Sí, señor; es un misterio de la naturaleza. Está probado que los muertos vuelven a nacer. Si han sido ricos, renacen pobres. Los hombres, mujeres, las mujeres, hombres; los malos, buenos...; los buenos, malos...

Se sirvió una copita de ginebra de un frasco que

había sobre la mesa, hizo una seña a Romualdo, y agregó:

—Yo no te voy a servir; así que, cuando quieras, ahí tenés el frasco. Pues, ,como te iba diciendo, en la gran cúpula celestial se hacen los cambios. Los hombres renacen en forma de mujer, las mujeres...

Se sirvió otra copita de ginebra, y continuó:

—Los malos, buenos; los buenos...

Sonó la campana de aviso. Romualdo se levantó; pero el viejo lo detuvo, diciéndole:

—No te molestes; hoy tengo suplente. Como te iba diciendo... es un gran misterio... Está probado que después de muertos, volvemos a renacer...

Se sirvió otra copita de ginebra. Murmuró:

—Es un gran misterio...

Y se quedó dormido en el asiento.

Rosalía se acercó, con los ojos enrojecidos de llorar y de velar. Miró a su padre, y dijo, a modo de disculpa:

—Está muy cansado el pobre. Ha estado toda la noche despierto.

Rosalía tenía el rostro ajado, amarillento; grandes ojeras moradas rodeaban sus bellos ojos ardientes. En pesadas trenzas el cabello le caía sobre el pecho. Romualdo la tomó de una mano, besándole los deditos finos y largos.

—No estés tan afligida — le dijo cariñosamente; — estas cosas no tienen remedio.

—Pues, por eso... — murmuró ella, próxima a romper en llanto.

Por el caminito de piedra avanzaban varias personas. Rosalía se adelantó a recibirlas. Se saludaron en silencio, sin saber qué decirse. Las mujeres se besaron, mudas, como si un nudo se hubiese hecho en sus gargantas.

Afuera, el sol brillante deslumbraba; adentro, en la semipenumbra de la pieza, amarilleaban las luces de los cirios.

Un olor a sebo, a colgaduras de terciopelo viejo, a crespón, a líquido de limpiar bronces que despedían los candelabros, se mezclaba en la atmósfera de la estancia.

Sobre la cabeza de la muerta, Rosalía había puesto una ramita de cedrón.

—Para perfumarla — había dicho.

Y de súbito sus pupilas adquirieron un fulgor inusitado. Sus mejillas se colorearon vivamente; breve temblor le recorrió los labios. Romualdo conversaba en voz baja con Filomena, la de enfrente.

Desde donde ella estaba los podía ver a sus anchas. Filomena hablaba y una vaga sonrisa le reflorecía la boca, roja, jugosa, enseñando una hilera de dientecillos blanquísimos, iguales. Romualdo se

había inclinado algo sobre ella y parecía que iba a darle un beso, de tal manera la bebía con sus ojos ávidos.

La mano de él — ¡santo cielo!, — la mano de él estaba, como al descuido, sobre la de Filomena.

Una congoja invencible se apoderó de Rosalía. Sintió deseos de gritar, de injuriar, y su mirada seca, dura, encontró, de pronto, el rostro afable de su madre muerta, que parecía sonreirle desde la caja. Y un abatimiento doloroso sucedió a aquel principio de rebeldía.

Se puso a llorar con unas lágrimas espesas y calientes, y se compadecía a sí misma con palabras llenas de ternura.

—No llores, Rosalía, no llores. La vida es así. Ahora está muerta la pobre — la consolaban las mujeres.

Y no sabían que Rosalía lloraba la muerte de su madre y la muerte de su primer amor.

Ante su vista interior se presentaba la vida como un gran campo yermo, que tuviera que recorrer, vestida de luto, con los pies sangrantes, los ojos eternamente empañados por las lágrimas.

La cabra balaba incesantemente. Del techo de la casa venía un rumor de hojas agitadas por el viento y un piar bullicioso de gorriones. De cuando en cuando se oían agudos silbidos, la campana de alar-

ma sonaba, y un tren pasaba como una exhalación, haciendo temblar todo a su paso.

El viejo Matías seguía durmiendo en la silla, y su pata de palo le daba un aspecto grotesco.

Romualdo vino hacia ella, la consoló con palabras precisas, le acarició disimuladamente una mano; pero ella sentía que un frío extraño la invadía, que una enorme apatía la hacía inaccesible a las protestas de amor que él deslizaba en sus oídos.

No lo rechazó; pero lo miró con una profunda mirada de reproche en sus ojos esquivos.

Mientras llegaba la hora del entierro, Rosalía, acodada en la ventana que daba al fondo de la casa, se puso a pensar en mil cosas distintas, en las que se entremezclaban el comienzo de aquel amor que ahora perdía — ¡oh, estaba segura!, — la muerte de su madre, la vida de privaciones que habían llevado y el fantasma obsesionante de la locomotora, que iba a hacer una nueva víctima.

Ahora no quedaban nada más que ella y su padre. Ella lo quería entrañablemente. Algún día, cuando él pudiera comprarse una pierna más... moderna, ya no tendría que avergonzarse ella de que fuera haciendo trac, trac, trac cuando caminaba.

Rosalía ansiaba que su padre dejase aquel trabajo. Si no fuera porque faltaban nada más que

unos años para que le jubilaran, ya le habría hecho desistir de estar guardando barreras.

Desde que el tren destrozó a su hermano Antonio, un miedo enorme se había apoderado de ella.

Si estaba soñando mientras cosía y oía pitar a una locomotora, una sacudida crispaba sus nervios. Se alzaba de su asiento e iba a escudriñar las vías en la obscuridad.

En sueños tenía horribles pesadillas. Unas veces era una enorme máquina negra que se le venía encima, a una velocidad vertiginosa; otras,, un tren que alcanzaba a sus padres, que huían despavoridos por la vía,, y los arrollaba con un espantoso rechinar de hierros y maderas bajo sus ruedas veloces.

Esta obsesión la había transformado en una muchacha de ojos tímidos, asustadizos, callada, triste.

Rosalía había sospechado en su madre el miedo que ella sentía por el ferrocarril.

Muchas veces, de noche, mientras Matias daba paso al último "nocturno", madre e hija se incorporaban en la cama, con el oído atento, temblorosas, esperando oir después del paso del tren, un grito, un pedido de socorro...

Al fin, una de ellas decía:

—No hay nada...

Y volvían a dormir.

Una mañana, Rosalía salió a dar paso a un tren de carga, porque Matías tomaba en ese momento el desayuno.

Los pájaros piaban locamente. Corría un airecillo fresco, juguetón, que le cosquilleaba en la nuca, detrás de las orejas, alborotándole los enrulados rizos que se escapaban de las horquillas.

Había unos claveles florecidos, y Rosalía cortó uno y lo puso en sus labios. Bajó apresuradamente las barreras y se puso a agitar la bandera amarilla y negra para dar paso al convoy.

Era un largo tren de carga que avanzaba lentamente. La máquina resoplaba fatigada. A veces parecía que iba a detenerse de fatiga; pero el brazo de hierro, potente, concluía la vuelta y empezaba otra, que se iba sumando interminablemente.

Chorros de vapor salían de sus flancos, y un humo negro, denso, escapaba en espirales de la chimenea.

Asomado a la portezuela de la máquina, un hombre joven, con la cara tiznada, con el pecho descubierto, tomaba mate, avistando el próximo semáforo.

Cuando pasó delante de Rosalía le sonrió, le pidió por señas el clavel que ella tenía en la boca.

Los pájaros revoloteaban locamente. El sol era brillante, fino, tibio. El airecillo jugaba ahora con

el cabello enrulado del maquinista. ¡Y cómo brillaban aquellos ojos!

Rosalía, sonriendo, en un impulso arrojó el clavel, que fué a caer dentro de la máquina. El lo recogió, lo besó, se lo colocó detrás de la oreja, y después, de lejos, le envió un beso con los dedos, mientras el fogonero asomaba, curioso, la cabeza. Todavía, cuando ya hubo pasado el último vagón, el pito de la máquina dió tres llamadas cortas, alegres, como una risita aguda.

Y en su corazón supo Rosalía que era un saludo para ella.

—¿Estás loca? — le preguntó su madre al verla correr como una chiquilla traviesa entre las matas de clavelinas que Matías había plantado. — Si tu padre te llega a ver, va a poner el grito en el cielo.

—¡Déjelo que grite, madre! — repuso ella, echándole los brazos al cuello.

—Y pensó: "Estoy rematadamente loca; sí, loca...", — mientras su madre le decía a regañadientes:

—No me gustan esos juegos... no me gustan las caricias...; podrías ser más seria..., más juiciosa... ¿De dónde sacas ese contento?

—¿Es que estoy alegre? — pensó Rosalía. — Sí, estoy alegre, y estoy alegre porque...

Se interrumpió bruscamente. No se lo quiso de-

cir ni a sí misma. Se detuvo, sintiendo que su corazón brincaba dentro de su pecho, amenazando sofocarla.

Cortó un brotecito de menta, lo mordisqueó nerviosamente y lo arrojó. Se puso pensativa. Filomena, la de enfrente, pasaba taconeando por la vereda. Sus zapatos de charol reverberaban al sol; su pollera, demasiado corta, dejaba ver sus piernas cubiertas por medias de seda color malva. Llevaba una blusa blanca, que tenía un bolsillito sobre el corazón, con dos iniciales: una F y una B.

Rosalía cayó en la cuenta de que nunca podría vestirse como Filomena.

Se miró sus zapatitos de cabritilla, que no tenían lustre porque los había ennegrecido con hollín; miró sus medias de algodón y su vestido de tartán azul, y sintió un vago malestar.

De pronto, todo lo que la rodeaba le pareció feo y antipático. La habitación improvisada en un vagón de carga, y aquella lluvia de enredaderas, y aquellas humildes clavelinas, y la cabra sucia, y aun su padre, con su pata de palo, que crujía a cada paso que daba.

Y el constante temor de caer debajo de un tren o de oir un grito y ver un cuerpo destrozado bajo las ruedas y descubrir que es su...

—¿Estás loca? — vuelve a decirle su madre. —

Hace un momento reías y saltabas y ahora estás llorando.

Pero Rosalía no sabe sino que las mariposas se persiguen bajo el polvillo de oro del sol tibio, en la fragante mañana.

Al anochecer, después de cenar, su padre, que ha ido a darle paso al "internacional", conversa junto al molinete con alguien, que tiene una voz grave y varonil.

Rosalía está a la ventana. El paisaje parece enharinado. La luna navega silenciosamente. Las estrellas palidecen, se borran y vuelven a aparecer tímidamente.

Un grillo hace oir un melancólico chirrido. Rosalía sabe que hay grillos pretenciosos, que rompen los tímpanos con su insistente y cristálico cri cri; pero este grillo es humilde y está triste, y Rosalía le oye enternecida. (A los grillos pretenciosos los corre con la escoba). Y de improviso llegan claramente a sus oídos estas palabras:

—Pues yo no sabía, don Matías, que usted tenía una hija... Esta mañana, al pasar...

Un silbido ronco, sostenido, ahoga las últimas palabras. Rosalía desfallece. Una sensación angustiosa le oprime el pecho. Es "él"; sí, es "él". Rosalía tiene ganas de reir y de llorar.

Pasa el tren, y luego se vuelve a oir la voz, que dice:

—No, no; otro día cualquiera...

—Pasá, muchacho; no tengas vergüenza — le dice Matías con toda confianza.

Una silueta de hombre, alto, de andar reposado, avanza por el caminito hacia la casa, seguido de Matías, que golpea en el suelo su pata de palo.

Rosalía corre a encerrarse en su dormitorio. Desde ahí oye cómo su madre conversa con Romualdo, porque se llama Romualdo el pretendiente.

—Ahora — dice él — me van a pasar a maquinista de primera, y voy a dirigir "el local". Tendré mejor sueldo... Mi padre está jubilado como maquinista de primera...

—¿Dónde está Rosalía? — interrumpe Matías.

—Voy a buscarla — dice Francisca.

Entra en la pieza y pregunta en la obscuridad.

—Rosalía, hija, ¿estás aquí?

—¿Qué querés? — susurra ella, con la voz temblona.

—Vamos, ¿qué estás haciendo aquí? Vamos, hay un amigo de tu padre que quiere conocerte.

—No, no voy a ir — responde ella.

—Vamos, no seas boba, que está ahí esperando.

—No, no voy a ir — repite, empecinadamente.

—¡Ah, qué boba! — exclama su madre. Y vuelve adonde están ellos, diciendo:

—Se ha puesto en cama Rosalía. Dice que no estaba buena.

Y guiña un ojo a Matías.

—¡Qué! ¿Está enferma? — pregunta Romualdo, inquieto.

Y los tres siguen charlando, mientras ella se besa las manos mojadas de lágrimas. ¡Tiene tanto gusto en llorar!

Romualdo vino un domingo y otro, y pudo verla, y hablarla, y aun besarla.

El le dió su primer beso, y ella echó a correr hacia su casa, porque estaban junto al molinete.

Cuando se volvieron a ver, con lágrimas en los ojos ella le hizo prometer que no volvería a besarla sin su consentimiento, y para sellar ese pacto se besaron apasionadamente.

¡Se habían querido tanto! ¡Y ahora! Se volvió para mirarlo, y lo vió todavía atendiendo, muy obsequioso, a la rubia Filomena.

Las moscas volaban pesadamente alrededor de los cirios, que se iban consumiendo.

La llamaron. Iban a tapar el ataúd.

Miró una última vez a su madre y la besó en la frente yerta. Luego se abrazó a su padre, que se

había enfundado en un traje negro que le quedaba por demás holgado.

En la puerta aguardaban un coche fúnebre de dos caballos y dos coches.

Pusieron el ataúd en el fúnebre. Las portezuelas de los carruajes se cerraron con estrépito, y el cortejo partió.

La cabra balaba lastimeramente.

Rosalía quedó sola. Iba a entrar, cuando vió en el interior del segundo coche que doblaba, una mano que se agitaba en dirección a la casa de enfrente, en cuya puerta estaba todavía Filomena.

Y en ese instante la campana de alarma anunció que se aproximaba un tren.

El sábado, al anochecer, vino Romualdo. Ella se había puesto un delantal negro, y estaba hermosa, a pesar de su humilde vestido.

La noche se preparaba tormentosa. Gruesos nubarrones se agolpaban en el cielo. Un vientecillo de tormenta se entretenía en sacudir las ramas de los árboles y en levantar nubecillas de polvo.

Salieron hasta el molinete. Ella lo miraba en los ojos, profundamente, y él desviaba la mirada.

—No estás muy contento de verme... — dijo ella.

—No digas... Si no estuviera contento no vendría...

—Irías a casa de la otra... — masculló Rosalía.

—¿Qué otra? ¿Te has vuelto loca?

—Creo que sí...

De pronto, sintió un enorme deseo de aprisionarlo entre sus brazos, de besarlo, rogándole que la quisiera, que no la abandonara, que era débil y estaba sola y dolorida, y no iba a poder sobrevivir a la muerte de su amor; pero se contuvo y dijo:

—Para seguir así, sin cariño ni nada, más vale terminar...

Ella esperaba que él se apresurase a decirla que la amaba, que no hablara así; pero Romualdo se puso a mirar el suelo, mudo.

Un creciente temor de perderlo se apoderó de ella. Con la voz ronca, desgarrada, dijo:

—Me habrás querido al principio; pero, lo que es ahora, se ve que no me querés, ¿verdad? ¿No es cierto que ya no me querés? Sé franco, ¿verdad que ya no me querés?..., que no me querés, ¿eh?

Y se detuvo, anhelante, esperando, esperando que él desmintiese sus palabras, que protestara del amor profundo que sentía por ella; pero Romualdo dijo con una débil voz:

—Soy un canalla..., lo sé; pero te juro que te quiero lo mismo..., te quiero como siempre...

Se diría que estaba a punto de llorar. Ella se irguió, pálida, blanca como una muerta. Romualdo la miró angustiado, empequeñecido. Las pupilas de Rosalía brillaban como carbones encendidos.

—Yo nunca te he querido — dijo con una voz extraña.

—Eso me consuela mucho... — murmuró él, tristemente.

Se tendieron las manos; ella lo hizo con alguna hostilidad; después en silencio se separaron.

Caían las primeras gotas de la lluvia.

Rosalía entró en la casa, tambaleante. Sentía como si a sus pies se hubiese abierto un precipicio donde fatalmente iba a caer.

Todo daba vueltas a su alrededor. Un trueno, rodó, lejano, subterráneo. La lluvia redobló su repiqueteo en el techo de cinc de la casucha.

La campana de aviso dió tres toques.

—¡Rosalía! — oyó que le gritaba su padre, — es el rápido, dale paso, hija.

Rosalía tomó el farol y se acercó a las vías, bajo la lluvia.

El agua le refrescaba las sienes ardorosas. Sin saber cómo, se encontró junto a los rieles y retrocedió espantada.

A lo lejos se veía el farol de la locomotora, y un haz de chispas que se perdían en el aire.

Se puso a balancear el farol como le había enseñado su padre. Un silbido largo respondió a su señal. El tren avanzaba velozmente.

Rosalía pensó: —Me pondré aquí, en el medio de la vía... ¡y se acabó!

Tenía el cuerpo entumecido. Llovía con furia. El tren que se acercaba dió tres pitadas seguidas, breves, angustiosas.

—Pero, no — se dijo en voz alta, no vale la pena. La vida es linda. Es lindo vivir... Ya le olvidaré...

Quiso retroceder, resbaló y cayó sobre las vías. En un momento el tren pasó velozmente y en la obscuridad de la noche, sólo quedó el ojo sanguinolento del farol del último vagón, que se ocultó en la curva.

Un perro lloraba humanamente.

INDICE



MAURICIO MAETERLINCK

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

L que no haya practicado un poco la Botánica no puede creer el gasto de imaginación y de ingenio que se hace en esa verdura que regocija nuestros ojos, pero todos, sin excepción, comprenderán y gustarán con placer esta bella prosa en que el autor, con palabras fáciles y sencillas nos descubre aspectos por nosotros desconocidos de las flores que diariamente vemos al pasar y a las cuales no damos la menor importancia.

Precio del ejemplar, $ 0.60

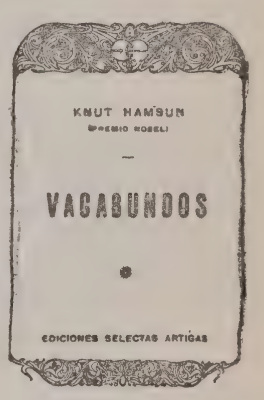
KNUT HAMSUN

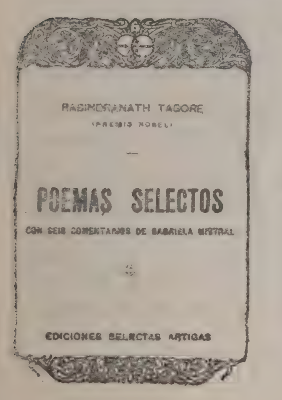
V A G A B U N D O S

Cuentos

LA vida de los pobres queda admirablemente reflejada en este volumen. En forma concisa y breve, pero magistralmente comprendemos los sentimientos de estos vagabundos, que unas veces como recolectores de la cosecha y otras como simples pescadores en los mares de Terranova pasan su vida no dándole importancia.

Precio del ejemplar, $ 0.60





RABINDRANATH TAGORE

P O E M A S   S E L E C T O S

Comentarios de Gabriela Mistral

COMO dice W. B. Yeats, laureado recientemente con el Premio Nobel, lo que vive en las obras de Tagore es un pueblo entero, una civilización completa, inmensamente extraña para nosotros, y no obstante, no es su rareza lo que nos conmueve, sino el hecho de que en ella creemos ver una imagen nuestra.

Precio del ejemplar, $ 0.60



ANATOLE FRANCE

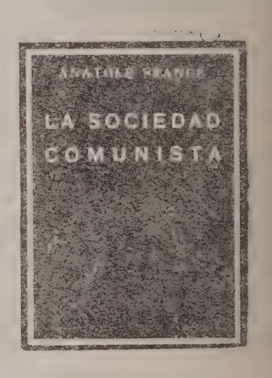
T H A I S

NOVELA histórica, en cuyas bellas páginas, Anatole France, agraciado con el Premio Nobel, ha hecho revivir mágicamente una época del Cristianismo y ha pintado maravillosamente los ardores de un amor incontenible. Forma un elegante volumen de 200 páginas, elegantemente presentado con portada en tricolor.

Precio del ejemplar, $ 1.50

ANATOLE FRANCE

LA SOCIEDAD COMUNISTA



EL autor nos transporta al año 2270, que es el 220 de la Federación de los Pueblos, y nos describe a grandes rasgos, pero con toques luminosos, aquella era de paz y de dicha que él presiente. El lector hallará en esta novela una lectura amena e instructiva, porque ha sido concebida por un espíritu práctico y porque está sembrada de rasgos de discreto y agradable humorismo.

Precio del ejemplar, $ 0.80



ANATOLE FRANCE

EL JARDIN DE EPICURO

LIBRO rebelde, sereno y confortador a la vez. Conjunto de apostillas aceradas y veloces como saetas. Es uno de esos libros maestros que han de sobrevivir a la humanidad, y que como ningún otro contemporáneo admite la lectura constante y repetida. En sus páginas hallaremos el consuelo y fortaleza necesarios para cruzar con alguna serenidad este mundo en que vivimos.

Precio del ejemplar, $ 0.60

HECTOR PEDRO BLOMBERG

LOS SOÑADORES DEL BAJO FONDO

Cuentos



CASI todos se desarrollan en Buenos Aires, pero traen un fuerte hálido de exotismo porque los personajes suelen ser peregrinas gentes forasteras. Cuadros trágicos del bajo fondo cosmopolita, género en que el autor sabe estremecer y maravillar a sus lectores con el horror y la emoción de sus evocaciones.

Precio del ejemplar, $ 1.50



FERNÁNDEZ MORENO

EL HOGAR EN EL CAMPO

Poesías

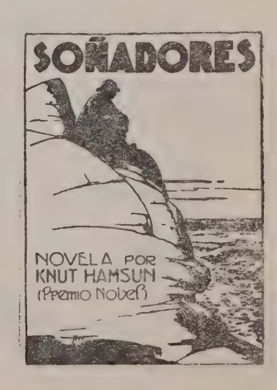
ANTE los ojos del lector, atónito al ver que es posible tanta belleza ante semejante parquedad de espacio, se realiza el desfile, la evocación de los seres y las cosas más queridas del hogar en el campo, que más imperecederos recuerdos han dejado en el alma transparente y noble del poeta.

Precio del ejemplar, $ 2.—

KNUT HAMSUN

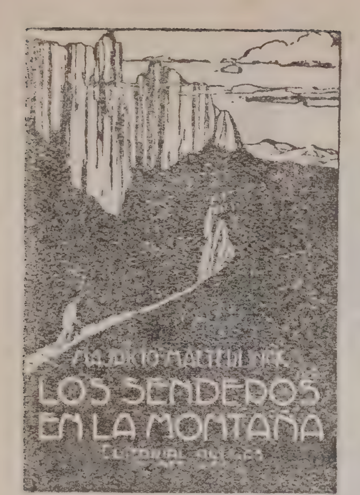
SOÑADORES

Novela



ESTA obra atesora quilates bastantes para ser una buena novela, y en la cual, aparte del atractivo de lo exótico, hallamos el de la trama, que es de suyo interesante, y el de las descripciones de tipos, paisajes y costumbres, que revelan la mano avezada de un gran pintor experto.

Precio del ejemplar, $ 1.50



Mauricio Maeterlinck

SENDEROS EN LA MONTAÑA

LA gran guerra ha dado impulso a la creencia de espiritualidad. Se ofrecen nuevos ejemplos de las reales vinculaciones entre vivos y muertos. Parece que todos caminan. Hay descripciones brillantísimas, cuadros palpitantes de vida y de emoción; observaciones psicológicas de asombrosa intensidad y certeza; audacias de pensamiento y elevación de espíritu; comentarios originalísimos y otros diversos aspectos completamente nuevos e inesperados.

Precio del ejemplar, 1.50

Knut Hamsun

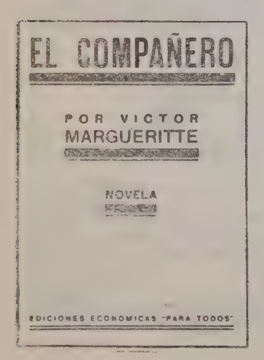
S E L L A N R A A

Novela

ES el libro de la fe y de la energía. Y por eso su protagonista triunfa. De lo que antes era desierto desolado y triste, hizo aldea rica y saludable. Más que novela es un poema ideológico en un conjunto de cuadros y escenas, algunos de los cuales asombran por su realismo desconcertante.

Precio del ejemplar, $ 1.50





Victor Margueritte

E L C O M P A Ñ E R O

Novela

HE aquí un libro de buena fe en el que volvemos a encontrar algunos personajes de "La Machona", la tan discutida novela. La protagonista de ahora, menos exaltada, más consciente y mejor organizada que la primera, cumple íntegramente su etapa en la que el hombre sufre por las leyes que ha hecho.

Precio del ejemplar, $ 1.50

V. Blasco Ibañez

EL PARAISO DE LAS MUJERES

HISTORIA de una humanidad más pequeña que la nuestra, que halaga la vanidad de los hombres y es a modo de una sátira al feminismo moderno. Relato agradable y argumento interesantísimo. 500.000 ejemplares vendidos en los Estados Unidos. Forma un hermoso volumen de 258 páginas, esmeradamente impresas, con una sencilla tapa en bicolor, símbolo del ideal desconocido del eterno femenino.

Precio del ejemplar, $ 1.50



Carmen Luna

U N A   D E   E L L A S

Novela

ES la historia de la mujer heroica que, después de haber sufrido desgarradoras decepciones, mantiénese fiel a los dictados de su conciencia, con todo y ofrecérsele ocasión seductora para obtener su individual felicidad.

Precio del ejemplar, $ 2.50

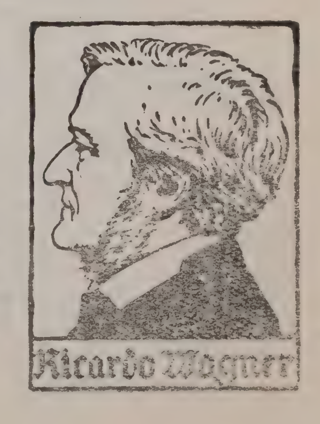


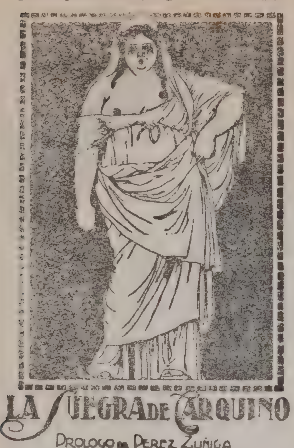
G. Bernard Shaw

EL PERFECTO WAGNERIANO

SHAW se muestra aquí bajo el nuevo aspecto de un panegirista entusiasta de Wagner, pero no por eso se olvida de su "humour" sarcástico y doloroso, lleno de enseñanzas y de profundas verdades. Los amantes de la música deben leer la crítica que más apasionados juicios ha suscitado en el mundo musical, y pone de relieve el temperamento valiente y atrevido del célebre crítico inglés.

Precio del ejemplar, $ 2.—





Joaquin Belda

LA SUEGRA DE TARQUINO

NOVELA de alegría e ingenio. Amores picarescos, algo subidos de color. Costumbres romanas vestidas de chulería madrileña. Mucha risa y mucho escándalo. Grato esparcimiento y buena diversión. Como ya lo dice su autor, se trata de una novela de "malas costumbres romanas" puestas al día con verdadero atrevimiento, y su lectura, desde luego, no es recomendable a todas las personas. Lleva una bonita y llamativa portada en tricolor.

Precio del ejemplar, **$ 1.50**

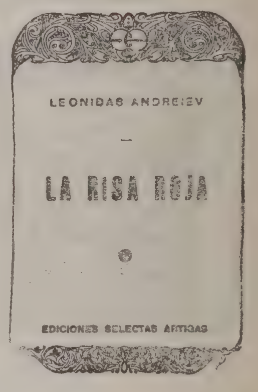
Leonidas Andreiev

L A R I S A R O J A

Fragmentos de un manuscrito perdido

ES la obra de un gran revolucionario, en materia de estilo. No emplea jamás comparaciones manidas, banales, triviales; todo en él es nuevo, improvisado, inesperado. Se ve bien que para pintar algo tiene una enorme selección de palabras, de ideas, de imágenes que se atropellan, se entrechocan.

Precio del ejemplar, $ 0.60







Knut Hamsun

G E R M I N A C I O N

Novela

ES una producción novedosa despojada de artificialismos, sincera, de una naturalidad desconcertante. Con su protagonista, un desilusionado, el autor realiza milagros de energía y nos lo presenta como un arquetipo de la entereza y de la voluntad. Hay pasajes de una emoción y sencillez admirables.

Precio del ejemplar, $ 1.50

Anatole France

LA VIDA EN FLOR

Novela

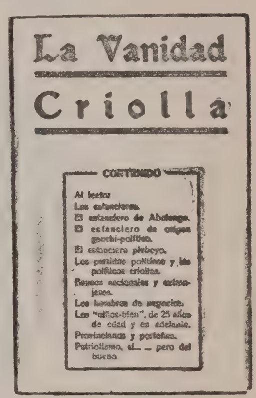
ESTAS páginas son las más dulces y serenas de cuantas ha escrito el Maestro y algunas de las escenas aquí descritas nos permiten adivinar rasgos de su propia vida, bella y ejemplar cual ninguna. La traducción ha sido admirablemente hecha por Luis Ruiz Contreras, conocido literato español.

Precio del ejemplar, $ 1.50

Rómulo Baya

LA VANIDAD CRIOLLA

Crítica



ES un libro del mayor interés para el estudio de la sociedad argentina en sus diversos factores sociales, acompañado de una serie de casos prácticos que según el autor dificultan el progreso positivo en la evolución del país. Forma un hermoso volumen en 8.°, nítidamente impreso sobre papel pluma, con una reproducción de su contenido en la tapa.

Precio del ejemplar, $ 2.—

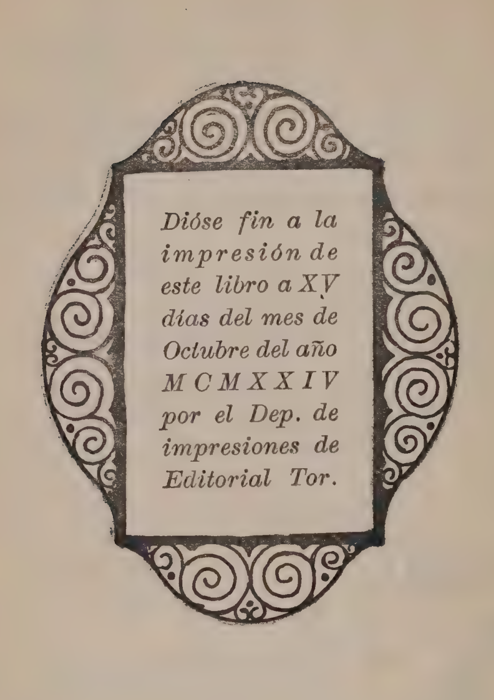



Knut Hamsun

VICTORIA

HISTORIA de un gran amor. Ella, de alta mansión; él, de hogar humilde. Su talento lo encumbra. Sólo al final una admirable carta femenina declara su amor oculto, el único de toda su vida, quedando así demostrado que solamente el amor ha de imperar en ella. Todos los otros impulsos del corazón son deleznables. En estas páginas la realidad encuentra magnífico reflejo.

Precio del ejemplar, $ 1.50


Dióse fin a la
impresión de
este libro a XV
días del mes de
Octubre del año
MCMXXIV
por el Dep. de
impresiones de
Editorial Tor.


CONTRA VIENTO Y MAREA
EDITORIAL TOR




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014754848